

LAS ELECCIONES

No entraré en detalles. Cuando este número llegue a mis lectores, ya estarán enterados por otros periódicos de que han sido un triunfo colosal para los republicanos.

Y esto debe hacernos pensar lo siguiente:

Si desorganizados, (porque lo estamos salvo en Cataluña y Valencia), hemos alcanzado ese triunfo, ¿qué no haremos cuando logremos organizarnos bien?

La obra de Maura se ha vuelto contra él, pues ha demostrado que en España el partido más numeroso y más fuerte es el republicano, mejor dicho, el único fuerte y el único numeroso, pese a los que desde nuestro campo han trabajado y trabajan por enervarlo y desorientarlo en provecho exclusivo de la monarquía.

Y de lo que somos, lo que podemos y lo que valemos, hoy que no tenemos ya jefes de derecho divino que nos utilicen para corear sus rencillas ó satisfacer sus odios, se enterarán los monárquicos el día que haya unas elecciones generales de diputados.

Comencemos desde ahora á prepararlos para ellas, comenzando por imponernos á los que pretendan llevarnos por los caminos de perdición que hasta aquí, y ya se verá el resultado.

Estamos de enhorabuena los que siempre creímos que había un gran partido republicano en España, y combatimos sin descanso á quienes lo negaban y á los que no sabían ó no querían ponerle en condiciones de demostrarlo.

Confianza en nosotros mismos, perseverancia en el propósito, y el éxito coronará nuestra labor.

Hablemos de elecciones

En las elecciones municipales de 1905 los resultados en Madrid fueron, en proporciones, que dicen más que los números absolutos:

Abstencionados.....	72,00 por 100
Votos antimonárquicos.....	14,31 —
Votos monárquicos.....	13,67 —

En las que se verificaron el domingo, el cuerpo electoral se clasifica como sigue:

Abstencionados.....	42,70 por 100
Votos antimonárquicos.....	30,15 —
Votos monárquicos.....	25,19 —
Votos en blanco.....	1,94 —

El cuerpo electoral activo ha crecido, pues, en un 29,30, crecimiento que se distribuye así:

Votos antimonárquicos.....	15,84 por 100
Votos monárquicos.....	11,52 —
Votos en blanco.....	1,94 —

Con una diferencia esencial, y es que en 1905 el cuerpo electoral en su mayor parte era una superchería, y ahora ha sido verdad, casi en absoluto.

Vale la pena de que los partidos estudien seriamente las últimas elecciones. Quizá antaño ordinariamente los electores legítimos, auténticos, no llegaban al 10 por 100 del cuerpo electoral; hoy, movidos por la ley, en Madrid y en las grandes poblaciones inclinan la balanza del lado de los partidos populares.

Y nótese bien una cosa importantísima, esencial. La ley castiga la abstención, pero como este castigo sólo puede hacerse efectivo en la persona de los contribuyentes ó de los empleados, etc., cuando parecía que con la reforma ganarían los partidos conservadores, resulta que no sólo se afirma el poderío, el arraigo de los partidos populares, sino que éstos ganan fuerzas reales incontestables en mayor proporción que los conservadores.

Y cuidado si son adversas las condiciones positivas de esos partidos. Los republicanos desorganizados y mal hallados con los más de sus candidatos, los socialistas luchando con la natural enemiga de los comerciantes ahora movilizadas por sus campañas en pro del descanso dominical.

Y luego unas elecciones en que se vota nombres, sólo nombres, no programas de reformas ni promesas de acción inmediata; nombres representativos de ideas, pero nombres incluso de mediocres y de casi desconocidos, que logran votaciones magni-

ficas con sólo el adjetivo que los clasifica.

¿Quién no hallará parte de la razón que hizo abstenerse á muchos—elementos proletarios sin duda—y votar á otros en blanco, en estos hechos evidentes, indiscutibles?

Y vamos á suponer que un noble desinterés une á todos los elementos antimonárquicos para una acción electoral, sea cualquiera—y el Socialismo ya es adulto y puede soportar la prueba, y saldrá de ella más vigoroso;—pues el que contara que el resultado sería sumar los votos de todos los elementos, se equivocaría. El resultado numérico de esta acción no hay quien pueda calcularle; sería la movilización de los abstencionados—ahora convencidos por la pasada experiencia de que las elecciones pueden ser verdad;—sería la desaparición casi total de los elocuentísimos votos en blanco, pocos en número en los distritos populares y allí donde las candidaturas llevaban hombres que casi son un programa.

Esta unión, por sí misma, por la responsabilidad que entraña, ennoblecería las candidaturas, sacaría de sus casas á hombres de mérito y de prestigio y de condición, y los resultados serían tales, que ni una sola población de importancia dejaría de manifestar su incontestable voluntad de cambiar, incluso de régimen, y desde luego lo que cambiaría radicalmente es el eje de la política.

Las elecciones han dicho en Madrid y en casi toda España que hay un subsuelo riquísimo, que hay un venero de energías que piden empleo; á los preminentes de todos los partidos populares les conviene hacer de estas fuerzas latentes instrumento de progreso y de bienestar, y su responsabilidad es grande si no lo hacen.

Peor para ellos y para todos si persisten en perpetuar el actual estado de cosas, si continúan divorciados de una masa que para marchar sólo pide rectores y consejeros que miren alto, lejos, única manera de marchar.

(Nota.—Parece que va á publicarse una estadística detallada; la estudiaremos sin pasión, con fervoroso deseo de verdad, y ratificaremos ó rectificaremos.)

M.

Segundo Moreno Barcia

Ha muerto ese hombre, uno de los que más honraban al partido republicano, por austero, por consecuente, por bueno... De aplicarle cuantos calificativos merecía, desde el de caballero hasta el de sabio, agotaríanse todos los que enaltecen. D.ª Matilde Fernández, su virtuosa compañera, puede estar orgullosa de haber merecido el cariño de un hombre así.

Propagandista de todas las ideas avanzadas, de todos los problemas sociales y económicos, diputado, catedrático, director de la Escuela Superior de Comercio de la Coruña, todo eso fué. Y fué más que eso: un hombre á quien nunca tuvieron que echarle en cara sus adversarios políticos la más ligera falta, y á quien todos querían y respetaban, á pesar de que siempre predicó y practicó el anticlericalismo. No hubo nunca en la Coruña acto civil á que no concurriese, ni escuela laica que no apoyara, ni función democrática á que no asistiera.

Su vida fué útil, fecunda, ejemplar, y ha muerto con la tranquilidad del hombre que ha cumplido en todas las esferas con su deber y dejado numerosos discípulos que le recordarán y le honrarán siempre.

Cuando muere un hombre de esta clase, se siente algo parecido á los remordimientos por no haber aprovechado todos los instantes y todas las ocasiones para departir ó comunicarse con él. Yo, por lo menos, los siento ahora.

Pero al mismo tiempo nos deja el hermoso consuelo de poder decir:

Segundo Moreno Barcia, ese hombre que valía tanto, era uno de los nuestros y nos distinguía con su amistad.

Para que se vea si tenía arraigada la convicción anticlerical, léase esta cláusula de su testamento, que publica *Tierra Gallega*:

«Encarga muy expresamente á su esposa que durante su enfermedad y en las postrimerías de su vida, impida por todos los medios á su alcance y cuantos le ofrezca la ley, el que sea violentado por sacerdote ó persona alguna que quisiera imponerle lo que en materias religiosas se llama «últimos auxilios espirituales», pues que el amor de la humanidad le creó á la vez una religión y un culto, y procuró siempre inspirar su conducta en las virtudes cristianas, no profesando religión alguna de carácter positivo; de alá que quiere y dispone que su sepelio, luego que su cadáver fuere enco-

rrado en una doble caja de cinc y madera, sea enteramente civil, lo más modesto y menos dispendioso posible.»

Y como deseaba ha sido enterrado, yendo el féretro seguido por numeroso cortejo compuesto de todas las clases sociales.

Mi pésame á su señora viuda, y á los correligionarios, y mi aplauso á la Coruña por haber sabido honrar cual se merecía á un hombre que poseía en tan alto grado las únicas grandezas verdaderas: la intelectual y la moral.

JOSÉ NAKENS

El caso Morote

Vacilo entre condenar á Morote ó compadecerle. Me van dando lástima los suicidas de la política y más si pierden lo que Morote ha perdido.

En primer término, ha perdido la estimación de sí propio, lo más terrible que puede al hombre acontecerle. ¿Que me engañe en esto? Peor para él. Si lo que venía representando era una comedia, se había identificado de tal modo con su papel, que ni él mismo podría decir dónde acababa el cómico y comenzaba el convencido. ¿Quién no lo vió en la merienda de hace días monopolizando aplausos y manifestaciones de simpatía y afecto? Parecía un loco, yendo de acá para allá, estrechando todas las manos, bebiendo en todas las botas, y aspirando á pleno pulmón los enloquecedores efluvios del aura popular. Y el hombre que una vez gustó eso, lo echa de menos siempre.

En segundo lugar, ha perdido la estimación de los demás; de los republicanos y de los monárquicos. Estos lo alabarán, lo elevarán, mas á buen seguro que se fien de él. ¿Quién los garantiza contra un nuevo ataque de epilepsia concienzuda?

Y aquéllos, ¡oh! aquéllos recordarán, los unos con indignación y los otros con desprecio, al hombre que burló su buena fe, pasándose al enemigo en lo más recio del combate.

Porque, mírese desde el punto de vista que se quiera, el caso de Morote es este:

Está un soldado de centinela en el puesto más avanzado, defendiendo lo que juró defender al sentar plaza voluntariamente.

El ejército que tiene enfrente se compone de individuos de su nación, porque se trata de una guerra civil.

Creuyendo más justa la causa que definden sus adversarios, abandona su puesto y se va con ellos, *por deber de conciencia*.

¿Y va á ser aplaudido, ensalzado y absuelto ese centinela? No habrá quien lo sostenga.

¿Que los deberes de conciencia deben cumplirse con preferencia á todos? Sí. ¿Pero acaso no era en Morote un deber de conciencia, y el primero, responder á la confianza de los republicanos, que á solicitud suya le dieron sus votos?

¿Que él no podía acusar á un gobierno de cuya culpabilidad no estaba convencido? Conformes. Pero ¿por qué defenderlo? Comprenderíase que, si lo hubiera acusado sin pruebas, deshiciera noblemente su ligereza ó su error. Esto es siempre lo honrado. ¿Mas para tomar espontáneamente su defensa? ¿Quién le compaña? ¿Quién lo obligaba? Con callar hubiera cumplido.

Resumiendo: Si Morote ha obrado realmente por motivos de *conciencia*, compadecemosle; se ha equivocado. Y si ha obrado á *conciencia*, no lo envidiamos. Lo que ha perdido vale infinitamente más que lo que haya ganado, ó lo que ganar pueda.

Colocarse en la situación que él estaba, eso es lo difícil. Hacer lo que él ha hecho, eso está al alcance de cualquier desdichado que no tenga los medios que Morote tenía para distinguirse, elevarse y medrar dignamente.

Coloquio figurado

Azcárate ha vuelto á salir diputado por setecientos y pico de votos en León. Otras veces ha sacado el doble, y sólo de republicanos.

Si esa su escrupulosa *conciencia*, de que tanto alardea, quisiera ahora aconsejarle un acto verdaderamente honroso, he aquí lo que debería decirle:

«No aceptes el acta. Tú sabes bien que entre esos electores hay muchos monárqui-

cos. Y como seguramente seguirás pasando por republicano, me vas á poner en un compromiso, y vamos á tener muchos disgustos.»

Aunque probablemente, si así le hablara su conciencia, Azcárate le contestaría:

«Cállate, y no seas boba. Lo que podría inquietarte, sería el temor á que me declarase monárquico; mas te juro que no lo haré. ¿Para qué, si toco todas las ventajas del que gobierna, sin alcanzarme ninguna de sus responsabilidades? El día que dejara de ser ostensiblemente republicano, me birlarían en cualquier revuelo mi inamovible é irresponsable ministerio de Reformas Sociales, porque ya entonces no podría prestar á la situación los servicios que hoy le presto. Un monárquico más les sería de poco provecho. Mientras que continuando con el alias republicano, reforzado con los de sabio, sensato, exímio, integérrimo y admirátele hasta elocuentemente, puedo servirles para mucho. Así, no te me vengas con exigencias ridículas, ni escrúpulos de monja. Yo te sirvo dándote fama de puntillosa é intransigente; sírveme tú haciéndote la distraída, y de este modo nadie dudará que marchamos perfectamente de acuerdo. Lo que me dices acerca de los votos, es cierto; muchos monárquicos me los han dado. ¿Pero te enteras ahora de que siempre ha ocurrido lo mismo? Ya sabes que los gobiernos nunca me ponen candidatos enfrente.»

Y al decirle esto el Sr. Azcárate, su *conciencia* no tendría otro remedio que bajar la cabeza, y contestarle:

«Tienes razón. Me has convencido. Continuaremos de acuerdo como hasta aquí.»

Fotografía y disección

A los socialistas.

¿Lo véis? ¿Lo palpáis? Los republicanos, más generosos que vosotros, os han brindado con coaliciones. Las rechazasteis invocando acuerdos internacionales que no observan los bloquistas franceses, italianos y belgas. Pues bien, id á que os consuele la Asamblea de Amsterdam.

El no asistir á la manifestación del 28 de Marzo fué para los liberales una amputación; para vosotros constituyó un suicidio. Hablamos demasiado de vosotros. Si á los liberales hay que mirarlos, en lo sucesivo, con un lente, á vosotros habrá que colocarlos, para poder distinguirlos, en un microscopio. Sois, con todas vuestras virtudes y tonterías, los infusorios del proletariado. Y no vale aquí el invocar el mañana crecemos. No. Vuestra pequeñez no supone infancia, acusa raquítismo. El que después de treinta años de asombrosa perseverancia y tras coyunturas como las proporcionadas por la catástrofe colonial y crisis del republicanismo, merma ó se estaciona en vez de crecer, no es un organismo joven, sino un cuerpo enfermo. Y conste que hay más lástima que acrimonia en estas reflexiones.

¿Se comprende ahora el título que he puesto á esa soberbia nota de *El País*? No le cuadra otro.

Nunca se vió el partido de Iglesias mejor fotografiado ni más perfectamente diseccionado.

Que se venga ahora ese dictadorzuelo dándose importancia con manifestaciones de obreros que no pertenecen á su partido. Cuando llega la hora de la verdad, se ve que esos obreros no quieren ir con él más que á eso, á las manifestaciones.

¡Buena lección! ¡Buena lección!..

La impedimenta

El ministro de Reformas Sociales ha escrito esta carta:

«Querido Morote.

Por anteponer la verdad á todo; por ser sincero antes que nada; por creer que no hay dos morales, una para satisfacer á la conciencia y otra para dar gusto á la impedimenta del partido republicano, esa impedimenta injuria á usted, le escarnece y le espulsa del partido. ¿Qué le va usted á hacer!

Se ha quedado usted sin Congreso y sin periódico, sus dos amores. Tenga usted paciencia, y espere á que sean repuestos estos dos personajes que transitoriamente están cesantes: el sentido común y el sentido moral.

Entretanto, le quiere como antes, y le estima más que antes, su afectísimo, G. Azcárate.»

Es tan estupenda esa carta, pone tan a

descubierto la manera de ser de los sabios de reflejo, acusa desprecio tan profundo al pueblo sin el cual las eminencias *sevillanas* no hubieran podido destacarse de entre los que parecen y no son, que casi estaba por no ponerle comentario alguno, pues basta leerla para condenarla. Sin embargo, quiero decir algo sobre ella.

¡Impedimento! Si, la tiene el partido republicano. Y mucha. Y muy embarazosa. Pero la componen, no los que, al verse estafados constantemente, acaban por tener un arranque viril como el de los republicanos madrileños, sino los que han tomado la palabra *conciencia* como comodín, para salir de las situaciones difíciles en que su incapacidad ó su cobardía los colocan; los que llaman sinceridad á lo que es simplemente ligereza ó afán de notoriedad, si no es algo peor; los que en nombre del sentido común se oponen á todas las iniciativas generosas, y en nombre del sentido moral las condenan.

¿Quién les ha dicho, ni por dónde se han creído que ellos tienen el monopolio de la moral ni del buen sentido, y que la conciencia ha sido inventada para su uso particular? ¿De dónde sacan que ellos son los únicos honrados, los únicos dignos, y que en esas masas, que desprecian cuando no las necesitan, hay menos sentido ético que en ellos, papagayos que se pasan la vida repitiendo ideas ajenas?

Si la conducta de los madrileños con Morote se imitase por todos los republicanos de España en casos parecidos, no llegarían nunca á creerse sus representantes que le hacían un favor, en vez de recibirlo; al aceptar el acta solicitada, ni escucharíamos tanta majadería pronunciada en tono solemne, ni se permitiría nadie tomar en boca al pueblo más que para darle orientaciones ó pedirle sacrificios.

Mas ya seguiré hablando de estos concienciosos risibles, aunque experimente al hacerlo la sensación que debe sentir el hombre que cazó leones, al no tener á tiro más que liebres.

CAMBIO DE FRENTE

Copio de *La Epoca*:

«Por unanimidad fué aprobada anoche en el Circulo Republicano de la calle de Carretas una proposición pidiendo fuese expulsado del partido el Sr. Morote.

Como ésto ha sido felicitado por el señor Azcárate, suponemos que los republicanos no tardarán en hacer lo mismo con el ilustre catedrático.

Así evidencian que son los mismos de siempre, y que, como siempre, están muy necesitados de espíritu de tolerancia y de respeto á los demás.

¿Tolerancia? ¿Respeto? ¿Cómo! ¿Se han introducido ya esas palabras en el vocabulario de las gentes de orden?

Lo celebro por Sánchez de Toca, á quien hace poco arrojaron del partido; y no por menospreciarlo, como Azcárate al republicano, sino por disentir en materia opinable del criterio de los actuales gobernantes. Así, previas las explicaciones y satisfacciones que se le darán, reingresará en sus antiguas filas.

Y me alegro por Urzáiz, á quien la prensa conservadora dejará de zaherir como lo hace ahora cada vez que, con propósitos honrados y patrióticos, expone sus puntos de vista en cuestiones de moralidad.

Respecto á la expulsión de Azcárate, sólo se me ocurre decir que estaría cien veces más justificada que la de Sánchez de Toca; y no por *ilustre*, sino por *Azcárate*, apellidado que urge adjetivar para que tenga exacta expresión en el lenguaje castellano el concepto de acomodarse con el enemigo deprimiendo al correligionario.

De lo demás, ¿qué decir? Que si los republicanos estamos *necesitados de espíritu de tolerancia y de respeto á los demás*, es por no haber sabido imitar los altos ejemplos que en este punto nos han dado los conservadores; pero ya procuraremos imitarlos.

Y como nada hay tan persuasivo como el ejemplo, pongo ante los ojos de la prensa republicana el que va á continuación, rogándole que procure apropiarse en cuanto le sea posible ese alto *espíritu de tolerancia y respeto á los demás* que en él campea.

EJEMPLO

Corría el año 1873; y Maisonave, que desempeñaba la cartera de Gobernación en aquel gobierno combatido por tres guerras y por todas las fuerzas clericales de España y del extranjero, publicó una circular relativamente enérgica contra los trastornadores del orden público.

Pidal, el futuro acaparador de todas las

direcciones de todos los monopolios, publicaba entonces un periódico titulado *La Verdad*, y juzgó la circular de este modo:

«El charlatán que con aires de dictador ha suscrito estos decretos es un solemne embaucador, farsante y embustero, digno de los compañeros á quienes preside, de los españoles que lo consienten y apoyan y de la asquerosa República que nos asesina, deshonra y envilece.

No nos cansaremos; tratándose de embaucadores, farsantes y embusteros; tratándose de políticos que han perdido el pudor, la vergüenza y hasta la noción de la dignidad y decoro es inútil discurrir y argumentar. Para estos periódicos no hay otros argumentos convincentes que los que salen por las bocas de los cañones.

¡Quiera Dios que tengamos los suficientes para arrojar ignominiosamente á los miserables farsantes que componen la situación más repugnante y asquerosa que hubo jamás en ningún pueblo civilizado!»

De esta manera hablaban el 73 los que hoy echan de menos en los republicanos *el espíritu de tolerancia y respeto á los demás*. Inspirémonos en su ejemplo, aun cuando nos sea imposible, no digo ya superarlos, ni igualarlos siquiera, y alcanzaremos la perfección que tanta falta nos hace. Lo bueno hay que tomarlo donde se encuentra.

Cuando se oyen estas cosas, y se piensa en el *respeto y la tolerancia* que la República guardó á sus enemigos, se comprende que cayera. Hubiera deportado (por lo menos) á la canalla de guante blanco que la combatía con esas armas, y otra habría sido su suerte.

Si volviese ¡ah! si volviese no hablaría así ningún periódico monárquico.

Entre otras razones, porque no se lo consentiríamos.

Charada

Azcárate acaba de salir diputado por León:

El domingo no eligió León ni un concejal republicano.

¿Le dieron los monárquicos sus votos á Azcárate á cambio de concejales, ó los republicanos que le votaron fueron tan escasos en número que no han podido sacar por sí solos ni un concejal?

Descifre la charada el que sepa

Esto llevaba escrito, cuando llega á mí una Hoja titulada: *La verdad de la elección*, suscrita por caracterizados republicanos de aquella ciudad, y en ella leo:

Considerando que los republicanos organizados y conocidos como tales en León no pasan mucho de los doscientos, y considerando también que han votado al señor Sol y Ortega ciento sesenta y cinco—pues nadie puede sospechar legítimamente que dirigiéndonos tan solo á los republicanos iban á votar con nosotros otros elementos políticos—resulta que han votado únicamente al señor Azcárate unos cincuenta republicanos verdaderos y los demás votantes han sido liberales, conservadores, empleados municipales, de la Diputación provincial y de obras públicas, y dependientes de los establecimientos industriales y comerciales propiedad de algunos de los firmantes del manifiesto-proclama del señor Azcárate.

Y me digo después de leer eso:

Solución de la charada:

La conciencia al servicio de la farsa.

PETICION

Se ha presentado en la Alta Cámara una petición, que firma el exdiputado á Cortes y capitán de navío retirado, D. Emilio Ruiz del Arbol, en la que solicita que si no se ha hecho aún la adjudicación de la escuadra, no se haga, y que, si se hubiera hecho en firme, se anule, indemnizando si fuere preciso á la casa concesionaria, por creer lesiva dicha adjudicación á los intereses de la patria.

Fundamenta esta petición el Sr. Ruiz del Arbol en el poco acierto con que, á su juicio, el Gobierno ha procedido en otros asuntos importantes, citando al efecto el expediente de la admisión temporal de la hojalata y la venta del material de guerra que quedó en Cuba.

Afirma el Sr. Ruiz del Arbol que si los ministros fueran tan acertados como honrados personalmente, no habría Gobierno mejor; pero como desgraciadamente no ocurre así, acude á la Cámara en demanda de lo anteriormente expuesto.

También dice que á una de las entidades técnicas que se le ha concedido la construcción de la escuadra le fué negada antes una concesión y después le fué concedida por conveniencias de Gobierno, y que dicha adjudicación sólo se hace por favorecer á los obreros ingleses.

La petición está toda escrita de puño y le-

tra del interesado en papel sellado y dirigida, en sobre certificado y lacrado, á los secretarios de la Alta Cámara.

Dada cuenta de ella, ha pasado á la Comisión respectiva, y se cree que será archivada.

Como cada periódico ha dicho de la petición lo que bien le ha parecido, el Sr. Ruiz del Arbol ha mandado á *El País* la siguiente carta:

Sr. Director de *El País*:

«Muy señor mío y de mi mayor consideración y aprecio: Muchas gracias por las benévolas frases que me dedica al dar noticia de mi petición al Senado. Supongo que á estas fechas será conocido de todos el texto de ella; mas, si así no fuese, diré á usted para su conocimiento, y el de los lectores del periódico, si á usted le parece bien dársele, que mi petición se funda «en la historia, antecedentes, peculiaridades y circunstancias del «concurso y adjudicación de que se trata, y «en dos precedentes, al tenor de los cuales, «aun sin tenerlos en cuenta, parece que el «Gobierno ha procedido; uno es el de una «adjudicación hecha á una entidad que figura ó figuraba entre las unidades para formar «la Sociedad adjudicataria, adjudicación hecha «por «conveniencias» de gobierno; y el otro «la particularidad de que estas conveniencias fuesen las de recompensar servicios «prestados en ocasión ó con motivo de huelgas de obreros, siendo de notar que ahora «los obreros que principalmente han de beneficiarse de las construcciones en cuestión «son ingleses.» Esto que digo á usted no es copia literal de mi petición, pero me parece que expresa bastante bien la sustancia de ella.

Yo, señor director, agradezco mucho á los ingleses que ahora, después de dejar que los americanos nos aniquilasen, se tomen tanto interés por nosotros; pero siéndome personalmente, individualmente, muy simpáticos, yo creo y digo que si Inglaterra quiere verdaderamente que creamos en su afecto, tiene un buen modo de demostrarlo: que nos devuelva Gibraltar.

Y repitiendo á usted las gracias por sus amables conceptos, se ofrece sinceramente á usted como su más atento servidor que su mano besa,

EMILIO RUIZ DEL ARBOL

Creo que la prensa independiente debería fijarse bien en todo lo que con esta petición se relaciona, y darle calor y abrigo, por si saliese de ella algo muy claro y concreto en beneficio de los intereses de la nación.

El Sr. Ruiz del Arbol es hombre de gran talento y cultura, y seguramente no se ha lanzado á esta empresa sin estar en terreno muy firme.

Inquina ridícula

Porque el director de la cárcel, D. Rafael Salillas, asistió al banquete íntimo celebrado en los Viveros, *La Epoca* lo censuró. Y Salillas dirigió un comunicado al director, en el que le decía:

«El jueves, al regresar á mi pabellón, me encontré la siguiente cuartilla:

«Señor Salillas: En nombre de Castrovido y demás compañeros de redacción, queremos y le rogamos nos acompañe en un almuerzo de carácter íntimo que tendremos mañana viernes en los Viveros de la Villa, á la una de la tarde.

«Esperando conchados en que nos honre con su asistencia, queda suyo affmo. s. s.—Iglesias.»

Soy hombre enteramente confiado en la expresión literal de los conceptos. Que Castrovido me invitara á almorzar íntimamente, no podía extrañarme, pues hemos almorzado y comido alguna vez en esa intimidad. Concebir que Castrovido me invitara á nada político, tampoco me ocurría pensarlo, porque en los treinta años que llevo de funcionario público me he considerado impedido para intervenir en política y no se me citará ningún caso de intervención directa ni indirecta.

No teniendo más referencias que las apuntadas acerca del citado almuerzo, porque siempre en mi puesto y apartado de la vida social, casi no sé lo que pasa por el mundo, el día del almuerzo, terminados mis trabajos de la mañana, me encaminé á las doce y media á los Viveros de la Villa, y aunque reparé, conforme iba llegando la gente, que aquello tenía mayores proporciones que las de la invitación, yo no vi ni pude ver nada político y asistí en esencia y en presencia á «un almuerzo de carácter íntimo», pues para mí no podía tener otra significación.

Última justificación de mi presencia en aquel almuerzo íntimo. Sabe usted que *El País* tiene para mí algo que los hombres bien nacidos no pueden olvidar, y es su fervor en la desinteresada y nunca solicitada campaña en pro de la Reforma Penitenciaria que constituye la devoción de toda mi vida. Mucho tengo que agradecerle á la prensa española el apoyo que me ha prestado, y en circunstancias bien difíciles, pero á *El País*

señaladamente. Y eso sin ser yo visitante de redacciones, desde que cesé en la colaboración que me dispensó *El Liberal* durante muchos años. En la redacción de *El País* he estado una sola vez en mi vida, acompañando á una Comisión de mi tierra, que solicitó el apoyo de la prensa en pro de ciertos intereses.»

En todo encuentran los conservadores pretextos para combatir á Salillas. Hasta en el cumplimiento de sus deberes de cortesía y agradecimiento. Afortunadamente, los demás pensamos de modo distinto.

He aquí lo que *El País* puso á continuación de la carta de Salillas:

«No hace falta corroborar lo que dice el ilustre D. Rafael Salillas, gala y honra de la ciencia española; pero hemos de añadir, en prueba de su aserto, dos cosas: 1.ª Que al banquete asistieron monárquicos (un exsenador, un alto funcionario municipal y otros) y personas ajenas de la política como el dignísimo médico de la prisión celular D. Antonio Torres. 2.ª Que en el banquete no hubo brindis, y no los hubo, de común acuerdo, por delicadeza, por respeto á los comensales no republicanos.

No ocultaremos que al suprimir los brindis se pensó principalmente en el Sr. Salillas, cuya carta, honrosísima para *El País*—que está orgulloso de su campaña en favor de la Reforma Penitenciaria—es un nuevo motivo de gratitud hacia el sabio, hacia el honrado, hacia el inmejorable director de la Cárcel Celular de Madrid.»

Hago mío el comentario.

A LOS REPUBLICANOS DE MADRID

Aunque alguien os zahiera, no dudéis ni por un momento que obrásteis justa y gallardamente acordando la expulsión de Morote del partido republicano.

Y la prueba de que tenáis razón, es que el mismo Morote, antes que vosotros hubierais tomado tal acuerdo, se había hecho justicia á sí mismo, renunciado al acta.

Comprendió que el acto que había realizado merecía castigo, y se lo aplicó inextinguiblemente. En esto hay que aplaudirle.

Y esta resolución, si no le justifica, le disculpa al menos, y le coloca moralmente por cima del Azcárate que os insulta en la carta que le ha escrito alabándole por lo que ha hecho.

La vulgaridad

«¿Qué es la vulgaridad? La dictadura del egoísmo, la servidumbre de la rutina y la indiferencia por las grandes cosas. No es la ignorancia, ni la escasez de inteligencia; no es la cortedad de vista intelectual, sino la de horizonte.

El hombre vulgar puede ser discreto, culto, dotado de talentos, de alta posición en la sociedad; pero el nivel en que se complacía su espíritu jamás se levanta sobre las cosas pequeñas, ó, por mejor decir (pues lo infinito en todo penetra y lo engrandece) sobre una contemplación pequeña de las cosas.

Llama á la abnegación candidez, locura al sacrificio y á la lealtad torpeza, ó vive al menos cual si se lo llamara. Perpetuamente embebecido en el culto de los más triviales intereses, ni su propio espíritu se salva de aquel desdén universal hacia todo lo superior, de que ni siquiera se sabe, y que se ampara y excusa con el ejemplo de otros tantos.

Colabora á la historia como el pólipo á la edificación de los continentes; no conoce el progreso, sino por lo que le aprovecha; él es quien en los conflictos de la patria y de la humanidad, se aparta confesando que «no es de la raza de los héroes». Pero de héroes no hay raza: todos podemos y debemos serlo. Todos lo somos tan luego como rompemos el yugo de la vulgaridad.»

FRANCISCO PINER DE LOS RIOS

HUMORISMO
ANTICLERICAL
POR
JOSÉ NAKENS

Precio, 3 pesetas.

A los suscriptores de *El Motín* se les rebajará el 25 por 100.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras y sellos de Correos.

¿Resucitaremos?

A Miguel de Unamuno

¿Será verdad que, como Jesucristo, hemos de resucitar todos los humanos? ¿Y por qué no también los demás seres animados que mueren?

Si el hombre por los sufrimientos de su permanencia sobre el planeta se hace merecedor de otra vida feliz é inacabable, ¿no merecerán premio análogo los dolores de la inocente y utilísima bestia que atormentada en servicio del hombre le ayuda en el cultivo de la tierra, le acompaña, como el perro, le alimenta y contribuye á la felicidad y á la cultura?

El teólogo responde con terminante negativa. No, el animal carece de alma, sólo tiene instinto (una logomaquia); como no es libre, ni puede hacer el mal, de que no hay en él noción, tampoco la cabe mérito; todo acaba, pues, para el bruto en esta vida terrestre.

¿Luego por ser esos entes incapaces de hacer el mal los condenó la divina bondad á sufrirlo sin resarcimiento posible? ¿Y al hombre, capaz y fautor del crimen, sólo un acto de penitencia, al terminar su vida, lo conduce á la dicha eterna? La justicia del Hacedor no brilla en esto.

El teólogo calla ó «excatredra» dice: ¡Misterio! Dios no es deudor de nada á nadie: puede hasta crear seres humanos ó angelicos predestinados para su divina gloria á eterna condenación en el fuego inextinguible. (Santo Tomás. Primera parte de la «Suma», 25 de «predestinatione»: Dios reprobaba á muchos (antes de que existan), porque es propio de su providencia que muchos se pierdan y esto es en El reprobación: tener voluntad (¡...) de permitir que muchos pequen y castigarlos, así como á los predestinados salvarlos. A todos los ama cuanto á darles algún bien, pero no todo el bien (la gloria eterna); así, pues, el reprobado no puede salvarse ni el predestinado condenarse...

Al oír tal sentencia se siente uno ateo, y si Dios hubiera, enemigo de tal Dios, de la injusticia más cruel; mejor fuera no haber nacido, ó que no hubiera más existencia que ésta, prólogo del no ser y del eterno sueño: se hace envidiable la condición de las bestias, y más si de nuevo escuchamos al teólogo católico ó protestante ó cismático que nos grita: Se han de salvar muy pocos, porque la gloria eterna excede del estado ordinario de la naturaleza, más aún de la nuestra corrompida por el pecado de Adán. Luego demasiado bueno es Dios que aún eligió unos pocos para salvarlos. ¿Y para sólo eso derramó toda su sangre en un patíbulo el Hijo de Dios, aunque con sólo una gota pudo redimir del todo mil mundos? ¡Oh mezquindad del Creador ese tan corto para el bien como largo para el mal! Ahora el teólogo no contesta ó repite su eterno «Misterio, misterio»; es un expediente muy cómodo esa exclamación teocrática.

Pero ¿quién fía de teólogos? San Pablo, acaso el primero de ellos, dijo con notoria ligereza: Todos resucitaremos; mas no todos seremos mudados ó convertidos en gloriosos (I Cor. XV, 51). Sobre estas palabras, que no son las mismas en el original griego, pues dice: «Todos no dormiremos, mas todos seremos mudados», una herejía según la dogmática romana, se discute mucho, sin llegar á algo definitivo.

Será, pues, lo que sea y probablemente todo menos lo que enseña la Iglesia, cuyo don de errar bien patente se halla. ¿Y qué será? ¿Hay ó no otra vida? Es decir, después de la muerte ¿empezaremos á vivir para no morir jamás? ¿Solamente para una vida temporal más ó menos larga y luego otra muerte? ¿Y continuará indefinidamente esa alternativa? ¿O moriremos al cabo de una vez sin resurrección posible?

Este misterio, el grande, ni San Pablo ni nadie lo ha descubierto; la ciencia lo persigue aunque no lo diga, y hasta hoy inútilmente. Para todos los espíritus elevados él es la cuestión capital; acaso por eso mismo se habla y se escribe muy poco de ella, á todos nos estremece recordarla, y son pocos, quien sabe si ninguno, los que se hallan seguros de la tesis mal llamada materialista y racionalista de la única existencia terrestre. ¿Qué pruebas, realmente pruebas, hay de ella? En absoluto ninguna. Tampoco de la contraria, reconozcámoslo sinceramente; sólo que... esa contraria es una afirmativa más conforme con las ansias humanas de vida y de felicidad, también con la idea de un Dios bueno y justiciero.

Si existe y nos ha creado y nos ama, ¿para qué nos ha infundido con la noción del sumo bien el natural deseo de la vida y la dicha sempiternas? ¿Por gusto de defraudarnos después de habernos mantenido en una brevísima existencia de cien dolores por cada placer, y de mil enfermedades por una sola y deleznable salud? El peor padre de este mundo no sería tan cruel con el más aborrecible de sus hijos; por ende excedería en bondad á ese Dios infinitamente bueno.

La idea de Sócrates, Platón, Marco Aurelio, Beethoven, Mozart, Galileo, Newton, Descartes, reducidos á la nada lo mismo que sus caballos y sus perros, se resistirá siempre mucho al hombre, un poco por lo menos al buen sentido. Ciertamente la tesis materialista entraña infinitamente menos crueldad

que la teología del cristianismo; pero también es cruel é injusta: la injusticia definitiva es irracional y eternamente repugnará á la conciencia, al instinto, á la voluntad, á todo lo más alto que hay en el hombre; algún fundamento tendrá esta repugnancia, si todo es lógico en los seres.

Pero la cuestión, esto es, la incertidumbre, subsiste y subsistirá quien sabe por cuanto tiempo. De ella hace asidero la religión para explotarnos y esclavizarnos con supremos terrores de una eternidad de penas horribles. Por fortuna, la razón humana se va percatando de que el hecho de existir un Dios justiciero, amante y remunerador, si rigurosamente no implica que nos reserve otra vida, poco menos que rigurosamente permite suponerla, y el que la haya, tampoco implica, ni mucho menos, que sea como los teólogos la presentan.

Pero será de algún modo, ¿cuál? ¿Qué nos espera en lo futuro? ¿A todos la misma suerte desde el morir en adelante? Otra injusticia entonces y no menos tremenda é irritante, indigna del Hacedor. Por el contrario, ¿la divina justicia obrará sobre nosotros? ¡Ah! si así fuera, muchos de nosotros tendríamos por qué temblar un poco ante el futuro, siquiera nos quede la última esperanza en esa misma acción de la eterna justicia; tarde ó temprano, ella nos haría dichosos; pero ¿después de cuáles y cuántas vicisitudes? ¡Problema terrible!

Felices los que, limpios de corazón, ven sus manos no teñidas de la sangre, del sudor, de las lágrimas de nadie y tranquila su conciencia de inocentes: sea lo que fuere de otra vida, poco pueden temerla y mucho desearla. ¡Ojala resucitáramos! pueden decirse cuando á solas piensen en esta cuestión de las cuestiones, que no porque nos la hayan de dar resuelta en uno ú otro sentido, deja de presentárenos aterradora.

¡Oh, resurrección! ¡Oh, vida ultraterrena del yo consciente y pensante! Si un día eres evidente para los humanos como las conquistas, ya alcanzadas por su saber, habrás hecho la más grande y trascendental de las revoluciones, habrás cambiado radicalmente la vida terrena del hombre y la faz de este mísero planeta.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Lo que dirá la Historia

A modo de resumen de lo acontecido en el Congreso desde que presentó el Sr. Macías su escrito hasta que se votó el dictamen, escribe *El Correo*, ilustrado é independiente periódico monárquico:

«Continúa—dice—el estupor producido en la opinión pública por el cambio tan rápido y tan radical que á partir del sábado adquirió en el Congreso el debate sobre la denuncia del Sr. Macías.

Este estupor aumentó ayer cuando se tuvo noticia de la conducta observada por el Sr. Morote encontrando aceptable lo mismo que en la sesión del viernes tuvo por inconveniente.

No es solo en la opinión neutra; en la masa general de los partidos políticos existe cierta contrariedad y disgusto por las contradicciones de sus jefes, comprendiendo que ellas son de tal naturaleza que necesariamente tienen que restarle fuerza y desprestigiarles en el concepto público.

Esa triple unidad en que han aparecido desde el sábado los Sres. Morote, Moret y Maura, apreciando y aprobando de modo igual la conducta del gobierno en relación con la Sociedad Española de construcción naval, cuando hasta aquel momento se habían mostrado distanciados y disconformes, claro es que tiene que producir sorpresa y estupefacción á quienes no conozcan todas las reconditeces de la política.

Porque el triunfo, indiscutiblemente, ha sido de la Sociedad Española de construcción naval, y á ella hay que atribuirle todo el éxito.

Hasta el sábado todo fueron nebulosas, agitación, dudas, recelos, desconfianzas. Desde el sábado empezó á cambiar la decoración y ayer quedó definitivamente colocada en el primer término. Con ello han terminado las disputas, y todos aparecen conformes.

Ahora empieza la Historia que dirá cosa bien distinta.

Dirá que el triunfo no ha proporcionado la satisfacción interior tan necesaria en todo organismo sano; dirá también, que tratándose de conocer la conducta el gobierno en relación con la Sociedad Española de construcción naval, el Sr. Maura puso reparos á la publicidad de elemento de información tan indispensable como es la escritura de constitución de esta Sociedad, y á lo más que accedió es á que vaya envuelta en las páginas de un libro del Ministerio de Marina, publicado estos días, cuando de éste se haga una nueva edición aunque por su carácter de «escritura pública» no debiera ocultarse su conocimiento á nadie.

Morote, Moret y Maura, aunque colocados en planos diversos, han coincidido en apreciar como conveniente la conducta del gobierno relacionada con la Sociedad Española de construcción naval. Morote, Moret y Maura, horas antes de esa coincidencia, habían disputado y batallado con ardor singular sosteniendo cosa muy distinta. Con

tanta claridad no se había oído hasta ahora.

Todo, todo igual que en Portugal. En Portugal se han hartado los políticos de comer informalidades y desaciertos. Tanto se repitieron y tan gordos fueron, que el país pasó de la indiferencia al encono. Pero los políticos cuidaron mucho de extravair la opinión, y ésta se fijó entonces, equivocadamente, en el monarca.

Vea el país que, por voluntad del rey, se mantenía en la gerencia de los negocios públicos á las oligarquías que han constituido los políticos vividores y dilapidadores del Tesoro; cometió el error de suponer que toda su gestión era gestión del monarca; D. Carlos fué perdiendo en el concepto público, y los enconos se trocaron en odio destructor, en tanto las oligarquías políticas continuaban su obra desastrosa y procuraban aparecer ante la opinión desligadas de una situación que por su sola obra se había creado.

Los directores y manipuladores de la política española viven en conveniencia funesta para los intereses públicos. No tienen diferenciación sustancial. Distraen á la masa con disputas menudas y se unen siempre que es necesario para continuar disfrutando las ventajas de su posición eminente. Mientras, al país se arruina, la indisciplina social aumenta, media nación perece de hambre, y el descontento es general y empieza á surgir la irritación y el encono.

Con todo ello es lógico que asalte el temor, como á muchos asalta ya, de que la opinión se extravíe y no fije concretamente su vista en los verdaderos y únicos autores de la situación actual.

El artículo es para meditado; y por los de arriba más que por los de abajo. Extraiga cada cual de él las enseñanzas que le convenga.

Pérez del Alamo

Don Modesto Moyrón, director de *La Idea*, ha recibido de Arcos de la Frontera la siguiente carta, fechada el 23 del pasado:

«Muy señor mío: Como amigo sincero de Rafael Pérez del Alamo, y por encargo del mismo, pongo en conocimiento de usted, para que á su vez, si le parece acertado, se lo comunique á sus correligionarios y amigos, que ayer, por el facultativo de Aigar y por los de ésta se le practicó al aludido una costosa y difícil operación quirúrgica en el conducto de la orina, continuando el paciente en estado delicado.

A pesar de sus años aún conserva el popular herrador su brava energía y entereza. Fué operado sin cloroformo y sin proferir palabra, no obstante los dolores que sufría.

La situación precaria de nuestro hombre es como su enfermedad, bastante peliaguda.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme á usted como su más afectuoso seguro servidor q. s. m. b.,—L. Velázquez.

El País, al publicar la carta, por haber llegado tarde para insertarla en el último número de *La Idea*, dice:

«Nuestro colega *La Idea* abrirá una suscripción y seguramente que todos los republicanos, todos los demócratas y aun todos los amantes de las grandes figuras históricas, acudirán en socorro de D. Rafael Pérez del Alamo, el precursor como organizador de las Sociedades obreras y el audaz caudillo de la insurrección democrática de 1861 contra Narváez.

El albeitar Pérez del Alamo es una figura saliente en la Historia de España durante el siglo XIX. En el «Episodio Nacional» «La vuelta al mundo en la Numancia» aparece el jefe del movimiento de Loja con la vida que el gran Galdós sabe dar á los sucesos que relata en su admirable obra.

Debe la España revolucionaria admiración y amor al anciano enfermo y pobre D. Rafael Pérez del Alamo.

Hago míos los comentarios de *El País* á la carta y advierto que en la redacción de este querido colega se reciben los donativos.—Madera, 8.

LOS MEDIOCRES

En un alarde de peregrino razonamiento afirma un escritor, en un periódico de la mañana, que los hombres de cultura, de talento y espirituales no pueden convivir con la multitud. Las multitudes—dice—no se acomodan á las espiritualidades y á las delicadezas de los cerebros bien cultivados. Sólo los pensamientos medios encajan bien en ellas y son como cifra y resumen del común pensar y del común sentir. Nadie que piense y sienta alto, nadie que abrigue algunas espiritualidades, nadie que aspire á remontarse de sobre el nivel ordinario, halla calor y apoyo en la multitud. Para convivir con ella es menester arrastrarse á ras de tierra, ser paladín de las grandes vulgaridades y no sobrepujar la altura intelectual de un aguador ó de un carbonero. Y enjuiciando de manera tan peregrina, por tan admirable estilo, el talentado escritor saca la consecuencia de que todo hombre que posea dos dedos de frente, algunos adarmes de cultura, un poco de espiritualidad y un tantico de

decaída, tiene que apartarse forzosa, inexorablemente de la multitud para obtener aquella independencia que exigen las grandes ideas, los grandes pensamientos, las grandes espiritualidades.

El razonamiento es tan contundente que ni siquiera admite demostración. Los grandes hombres de todas las épocas han vivido solitarios, á mil leguas de las multitudes. La Historia nos enseña que sólo gentes de personalidad intelectual mediocre pudieron unirse al vulgo, arrastrar millares de personas, á grandes masas de hombres y mujeres. Y aun cuando el escritor no haya querido citar nombres, no por eso pierde fuerza su razonamiento. Jesús vivió con la multitud, y con la multitud vivieron y viven Ibsen, Castelar, Zola, Tolstoi. En la conciencia de todos está la mediocridad de estos hombres. Si hubiesen sido cultos y espirituales, sus ideas y sus cavilaciones no se hubieran hermanado con las de las masas. Si hubiesen pensado y sentido alto, con delicadezas de pensamiento y sentimientos, se hubieran apartado de la populacheria. Si vivieron tan ligados, tan hermanados con la plebe, fué indudablemente porque su nivel intelectual estaba á tono con el de todos los aguadores y todos los carboneros. Y es esto tan verdad y está tan fuera de duda, que el talentado escritor no se toma el trabajo de demostrarlo. Si Jesús, Ibsen, Castelar, Zola, Tolstoi hubiesen poseído condiciones especiales de cultura, talento, espiritualidad y delicadeza, nunca hubieran estado con la multitud en su época.

No hay sino hojear la Historia para vencerse de la razón que asiste al talentado escritor del periódico de la mañana. Precisamente, y por rara casualidad, la Historia cita á todos los hombres de pensamientos mediocres que convivieron con la multitud. Y por rara casualidad también se olvida de los exquisitos, de los refinados, de los cultos, de los talentados, de los espirituales que pensaban y sentían más alto que la masa y pasaron por la vida á mil leguas de las cavilaciones, del pensar y del sentir de los aguadores y carboneros de todas las épocas. «Azorín» tiene razón de sobra. Jesús fué un hombre de intelectualidad mediocre. Con grandes ideas, con grandes pensamientos, con grandes espiritualidades, ni Ibsen, ni Castelar, ni Zola, ni Tolstoi hubieran sido los padres espirituales de la multitud en estos tiempos que ahora corren, ni hubieran convivido con la masa, con el vulgo, con la plebe. Mas como todos eran y son unos pobres hombres, sin dos dedos de frente, por eso sus ideas, sus ilusiones y sus esperanzas son amables al vulgo y pasan al través de los años, se transmiten de generación en generación, y mueven y forman sociedades y pueblos. Los exquisitos, en cambio, no alcanzan tan triste privilegio.

GUSTAVO

Papeles viejos

“La dicha de vivir”

A D. A. S.-A

Excelso amigo: Apenas la aurora asoma por las puertas y claraboyas de la Prisión, ahuyentando con sus indecisos y azules resplandores las sombras de la noche, madre del crimen y del pavor, cuando los centenares de alegres gorrones que viven bajo los techos de las galerías irrumpen en júbilo himno de salutación al día que nace.

Poco á poco van creciendo en intensidad la luz y en algarazas el agreste cántico de los pardales, y cuando la claridad se magnifica con reflejos de oro y de rosa, cuando las rojizas bombillas eléctricas y los blancos arcos voltaicos parpadean y mueren, suena la agria corneta con la diana, haciendo callar su agudo estridor á la feliz turba volátil.

Fabo lanza á mi celda el dardo de sus rayos coruscantes; una sutil y loca teoría de corpúsculos giróvagos, que se estrella en círculo de oro sobre la blanca pared. La teoría se agranda, corre por los muros, y al cabo viene á besar las albas cuartillas y á acariciar con tenue calor mi mano, que traza en el papel negros signos formados en hileras como de atrafagadas hormigas.

En la mesa azulca el alcohol so el argentado receptáculo en que borbotea el brebaje tan caro al solitario de Farney; el padre Sol arranca aristocráticos destellos á la taza de áureo flete, que aguarda hidrópica al hirviente líquido; el humo del cigarro miente informes seres de graciosas y cerúleas curvas.

¡Otra vez el clarín! Ahora llama al trabajo. ¡Laboremos!

¡Suene alegre y estruendosa la más grande, la más noble de las armonías! ¡Vibre límpido el macho sobre la bigornia! ¡Zumbe ensordecedor el martillo en la maderal! ¡Gima agrio hasta crispar los nervios el hierro mordido por la lima! ¡Gruña sordo, inacabable, el contrabajo de las máquinas!

¡Himno triunfal, himno de vida, himno sublime del hombre soberano, domador de la materia bruta, audaz violador de la Naturaleza, que supo hasta suprimir el tiempo y el espacio...

¡El trabajo! ¿Quién osará decir que fué castigo impuesto al hombre? No, no es castigo, no es maldición; es don inapreciable, bien de los bienes, regalo supremo, placer

inefable y siempre renovado, raudal inagotable de consuelo, de abundancia, de dicha. Hace poco el rústico canticio de los gorrones fingía campesinas alboradas, claras mañanas de blanca escarcha, de aire helado y estimulante; ahora el acre olor de la fragua, el punzante hedor del aguarrás, el estrépito de la sana y feliz actividad del hombre hacen olvidar la prisión.

¡Laboremus! Embellezca la imaginación cuanto toque; borre lo sucio y lo feo con dulces colores, con lluvias de oro, de plata, de aljófares, de diamantes, de mil y mil piedras preciosas, que hagan palidecer al arco iris con sus gamas innumeras, con sus lumbres cegadoras. El trabajo, un trabajo placentero hace en esta carta, y para usted, palacio de reyes, de emperadores, de dioses, lo que es celda sucia, estrecha, mísera, abierta al aterido soplo de la Sierra.

Y esta fantasía evocada, guiada, disciplinada por el trabajo es, no ya consuelo, ni siquiera recreo, sino más, mucho más, afirmación sin réplica de que aun en el encierro soy más libre que este rayo de sol, que este aire matinal, que estos parleros gorrones que, despierto, me hicieron soñar, también por mi voluntad, con su diana de égloga.

¡Libre, sí! Y también lo son los presos que golpean en el yunque, que arrancan tordigas a la madera, que embellecen con orlas y grecas los feos vasos de sucia hojalata. ¡Y todo por virtud del trabajo emancipador!

Mas otra vez suena la corneta. Es la hora de descansar, de reparar las fuerzas. Si la faena fué ruda, en sí misma trae la recompensa: un apetito sano, avivado por el aire fresco y perfumado que llegó a nosotros cruzando florestas, un apetito como jamás le sentirán los ociosos.

Rústica y graciosa cesta encierra la limpia vajilla, las blancas servilletas, las viandas simples y olorosas, el pan dorado y crujiente de blanda y elástica miga, las frutas sazonadas, que podrían ser, por lo fragantes, y jugosas, y llenas de mieles, regalo de Pomona.

La vista se recrea con la insuperable belleza del agua transparente en nítido vaso de tallado cristal, donde la luz se quiebra con irrisaciones de diamante; el paladar saborea pacamente los primores de aquella cocina sencilla; los ojos corren apacibles por las líneas de la carta que vino en los pliegues de una servilleta, carta que trae noticias dichosas; y entonces, en aquella mesa, infinitamente más hermosa que la mesa de un príncipe, no hay un preso; hay una familia alegre, risueña, que condimenta los manjares con una charla animada, ingenua, limpia de cuidados, charla de gorjeos y de risas.

Concluye la comida, y llega a mis manos un puñado de cartas: las escribieron para mí amigos fraternales. Llegaron de todos los puntos del cuadrante. De la feliz y hermosa ciudad que se espeja en el azul Mediterráneo, que ciñe el Tibidabo; de la nubosa Vetusta; de la radiante campiña que baña el Guadalete; de las austeras llanuras manchegas; de la ciudad que viera nacer a Larrazolo; de la bellísima villa de espléndidas palmeras; de la atragada Vasconia; de cabe las poéticas torres de Nuestra Señora; de la brumosa metrópoli del trabajo; de las feraces llanuras que riega el Plata...

¡Salud, cordiales amigos! ¡Sean la paz y alegría la recompensa de vuestros felices augurios, de vuestros afectuosos anhelos!

Es hora de pasear, y limpio de cuerpo y alma me encamino a estupenda azotea, en la que mis ojos pueden regalar con la grandiosidad de un cuadro sin par. En el fondo la Sierra azul de fulgurantes y blanquecinos picachos, y desde ella y hasta mis pies, ondulada y riante valle en que se adivina plateado río de umbrosas orillas.

Paseo; el Sol baña mi cuerpo, le acaricia con sus rayos, le nimbade de aureos efuvios; el aire me trae agrestes y penetrantes perfumes de mil florecillas silvestres, de humildes plantas aromáticas; blancas mariposas, guerreras avispas, susurrantes abejas, quiméricos caballitos del diablo, juegan y revolotean en torno mío, y, contento, en éxtasis delicioso, no envidio a nadie, no siento deseo alguno, sumerjo todo mi cuerpo y toda mi alma en el placer inmenso de vivir...

El Sol va a trasponer la frontera colina; del río y del valle comienza a elevarse, tímida, azulada niebla. Es hora de retirarse.

Penetro en la solemne galería; el amplísimo ventanal fulgura cual si por él fuese a penetrar una catarata de oro líquido, y los cegadores reflejos de esta torrente de luz pintan resplandores de incendio en la cristalería del Centro de vigilancia. En la techumbre los gorrones despiden el día con igual alegre cántico que le recibieron.

A poco el Sol se hunde en el ocaso, y entonces la rasgada ventana de la galería se trueca en colosal bloque de hierro al rojo cereza, después en fantástica mancha de sangre, luego en luz mortecina.

De pronto brillan mil puntitos de llama, después luce la claridad lechosa de enormes globos que semejan otras tantas fantásticas lunas, y cuando la vista no sabe saciarse en esta orgía de arrobadoras perspectivas, de claroscuros que ni Rembrandt copiaría, la corneta nos llama a reclusión, nos invita a nuevo banquete de hermosura, cual si quisiera con esta mudanza de sensaciones sublimes, hacernos saber que la belleza es infinita, inagotable en formas, en cambiantes...

Anora la vajilla tiene reflejos cálidos, el tallado vaso de agua brilla en transparencias de ensueño, la lámpara de alcohol resplandece como impalpable y alegre fantasma.

Me aguarda la mesa, una mesa pródiga, de olorosos manjares, de carnes de rosa, de aves de oro, de pescados de plata y ovas, de frutas de raso.

Ceno, y después leo. Tras del placer de los sentidos, el placer del espíritu. Leo aquella inimitable epístola que tan bien se acuerda con mi espíritu. Si:

Un ángulo me basta entre mis lares, un libro y un amigo, un sueño breve que no perturba deudas ni pesares.

Pero ya el sueño llama a mis párpados y, satisfecho del empleo que di a la jornada, me acuesto. Las tinieblas han invadido la estancia; silba el viento; suena el melancólico alerta de los centinelas. El tibio calor del lecho, la mimosa y aterciopelada caricia de las mantas me invitan a arroparme, y el aullido del vendaval, los cortados gritos de los soldados en vela, me dan la sensación de que soy un niño que se acostó con la imaginación ahita de los cuentos que oyera en el lar, ó un refinado egoísta que acrecienta el placido y voluptuoso bienestar de aquel momento pensando en los que carecen de abrigo...

Se digna abrazarle,

J. J. MORATO

(Sin fecha.)

La cara y el espejo

«Usemos del apólogo por una sola vez. Figuráos un enfermo grave de pulmonía, en riesgo de muerte. Le sale un divieso. La familia se atribula por esta novedad y reune treinta doctores que examinan el grano y con mucha énfasis hacen treinta discursos acerca de la erupción. ¿Hay algo más tonto y ridículo? Sí. Todo lo que hacemos y decimos ahora, a propósito de las elecciones.

Un gobernador destituye un ayuntamiento. ¿Qué escándalo! ¿Por qué? Si existe el instrumento de corrupción, lo de menos es que cambie de manos. El mal es el mismo.

Un juez procesa una corporación en cuanto se lo manda el procónsul. ¿Qué escándalo también! ¿Por qué? No existe la independencia judicial: es notorio. Mientras no se remédie ese mal, ó siquiera mientras no se hable de él, no hay que espantarse de sus efectos naturalísimos.

Algunos candidatos corrompen a los electores con dinero. ¿Qué horror! ¿Por qué? ¿Son acaso más lícitos los procedimientos de otros candidatos? ¿Hay en ellos más respeto al sufragio? No, sino menos. Digámoslo con crudeza. El que soborna al elector, le reconoce de ese modo su derecho. Malo es; pero el que roba el voto, el que lo falsifica, el que fuerza a emitirlo, es peor que quien lo compra.

Esto del dinero merece capítulo aparte. De cada cien actas habrá una compra. En esta proporción están los desdichados que venden su voto. Es una mercancía que está por los suelos. La corrupción por el dinero tiene aquí más altos destinos. Las unas por el goce positivo de la dádiva, las otras por servil contemplación al millonario; gentes muy elevadas por su cultura y por las funciones que les están sometidas viven al servicio de la plutocracia.

¿Qué es peor, vender el voto en el comicio ó venderlo en el escaño? ¿Alquilarse en la farsa electoral, farsa de todas maneras, con dinero y sin dinero, ó hacer un discurso para una empresa y venderle el voto propio y el de los borregos de la mesnada? Pague ó no pague el millonario, la sentencia injusta que consigue de un tribunal ó el injusto decreto que arranca de un ministro, ¿es menos grave que la prevaricación de un elector hambriento?

Nuestros defectos no serían tan repulsivos si no los acompañase la hipocresía unas veces, y otras veces el cinismo; nunca el pudor. Si jamás osamos acusar cara á cara, ni aun de soslayo, a los grandes corruptores, ni atacamos el mal en su raíz; si somos tan respetuosos con las mayores odiosidades del capitalismo que en España lo puede todo, ¿qué fingirnos Catones enfrente de los pecados chicos?»

Remitido

A los republicanos federales del distrito del Mos-pital.

Queridos correligionarios: Sin haberlo pretendido ni deseado, según sabéis todos, y solamente por el mandato que me impulsó la Asamblea de nuestro partido en la reunión celebrada el 23 del mes anterior, acudí a la lucha electoral para el nombramiento de concejales, el día 2 del corriente; siendo causa esencial de esta conducta, las ambiciones y el caciquismo predominante en el campo del llamado unitarismo republicano en relación con este distrito, á los cuales era preciso demostrar—para que no lo olvidasen en las futuras contiendas—que existen federales en los barrios cuyo suelo fué regado tantas veces con la sangre de los valientes defensores de la libertad y el progreso.

Sin tiempo para organizar la lucha y sin tiempo para desarrollarla; huérfano totalmente de la valiosa ayuda que en estos casos presta la prensa diaria, la cual (sin motivo, ni razón alguna) omitió mi humilde nombre al dar cuenta de los candidatos republicanos que acudían á los comicios, siendo esto causa de que muchos amigos no hayan emitido su voto á favor mío, por haber creído que había abandonado cobardemente el campo de batalla al enemigo; huérfano también de elementos valiosos de nuestro mismo partido, que acudieron en tal día á otros sitios de lucha; sin intervención en las mesas electorales, pues no podemos considerar como tal la representación que ostentaban en mi nombre algunos queridísimos amigos del distrito; ayudado solamente por el entusiasmo y buenos deseos de otros queridos correligionarios que todos conocéis, he conseguido la altísima honra de obtener más de 800 sufragios, cuyo importantísimo número demostrará de manera evidente á los ambiciosos man-goneadores del republicanismo que ayer, valiéndose de malas artes y del embuchado más descarado, consiguieron el triunfo en el distrito del Hospital (por qué no decirlo, si esto puede probarse de manera indubitable, con los mismos datos que arroje el resultado del escrutinio de cada sección!) que existen fuerzas federales, las cuales han de tenerse en cuenta siempre que, con honradez y buen deseo, se trate de aunar las voluntades republicanas, que más ó menos tarde habrán de dar la batalla al régimen monárquico-clerical que dirige los destinos de este pobre pueblo.

Contento y satisfecho estoy de la victoria moral que ha conseguido en este distrito el federalismo madrileño, y seguramente hubiera logrado un triunfo colosal si hubiéramos dispuesto de elementos suficientes para haber desbaratado á estacazo limpio la falange de 25 ó 30 hombres que, constituida por asalariados merecedores de ser esclavos, votaron muchos de ellos á presencia mía en la Sección 14.ª (donde presencié la constitución de la mesa y permanecí más de una hora), tres ó cuatro veces, impidiendo que reincidieran en sus falsedades á algunos de aquellos que intentaron repetir la operación con un descaro y desvergüenza inauditos.

Hecho constar cuanto antecede, y dispuesto á demostrarlo ante un jurado de honorables caballeros, nada he de añadir por el momento.

¡Federales del distrito del Hospital! Habéis cumplido como buenos, y merecéis, por tanto, el respeto y consideración que debe tributarse en todo tiempo á los valientes, así como también el cariño más acendrado de vuestro correligionario y amigo

HILARIO PALOMERO

Madrid 3 Mayo 1909.

Siempre los mismos

A los que nos hablan de que el régimen político-cristiano no ha cerrado nunca á los pueblos las puertas del progreso, voy á contestarles con la pragmática expedida en Aranjuez el 22 de Noviembre de 1559, tomándola de la *Historia Universal* de Ortega y Rubio, tomo II, página 116:

«...Por lo cual mandamos que de aquí en adelante ninguno de los nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condición y calidad que sean, eclesiásticos ó seglares, frailes ni clérigos, ni otros algunos, no puedan ir, salir destos reinos á estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni estar, ni residir en Universidades, ni estudios, ni colegios fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieron y residieren en las tales Universidades, estudios ó colegios, se salgan y no estén más en ellos dentro de cuatro meses después de la data y publicación desta nuestra carta; y que las personas que contra lo contenido y mandado en esta nuestra carta fueren y salieren á estudiar y aprender, enseñar, leer, residir ó estar en las dichas Universidades, estudios ó colegios fuera destos reinos; ó los que estando ya en ellos, y no salieren y fueren y partieren dentro del dicho tiempo, sin tornar, ni volver á ello, siendo eclesiásticos, frailes ó clérigos de cualquier estado y dignidad y condición que sean, sean habidos por extraños y agenos destos reinos, y pierdan y les sean tomadas las temporalidades que en ellos tuvieran; y los legos cayan y incurran en pena de perdimiento de todos sus bienes y destierro perpetuo destos reinos...»

Es gente la clerical que no varía; como pensaba en 1559 piensa hoy; nada de estudiar, nada de ilustrarse; mientras más bruto sea el hombre, más apto para ser explotado, Dios es la suprema sabiduría, pero el hombre, hecho á su imagen y semejanza, mientras más animal resulta más perfecto.

¡Ateme usted esa mosca por el rabo y á El Universo por la pata!

Lo de Osera

En el Senado se ha patentizado que la responsabilidad de los sangrientos sucesos de Osera, corresponde al obispo de Orense,

alcanzándole también alguna parte al gobernador civil de la provincia.

Mas para que nadie pueda ni suponer que la pasión política ha podido abultar los sucesos, ni dejarme yo influir por ella al juzgarlos, voy á reproducir á continuación lo que los probados católicos de Celanova han dicho:

«Queremos conceder todo cuanto se nos exija dentro de la verdad, del raciocinio y de la lógica en favor del obispo de Orense: queremos colocarle en el terreno mejor y más franco para la defensa, siempre que se nos confiese—bien poco pedimos—que tenía perfecta conciencia de que los habitantes de Osera oponían resistencia á que se retirase el baldaguino de la iglesia—lo cual no puede ocultarse, bastando para justificarlo la circunstancia de haber reclamado previamente la protección de la Guardia civil para proceder al derribo—y una vez esto reconocido, se impone como corolario ineludible la dolorosa consecuencia de que por los caprichos, por las ligerezas, y por las tenacidades del prelado, se ha privado de la vida á aquellos desventurados de Osera, por el solo hecho de presentarse en el templo para protestar con su presencia contra los deseos del obispo...»

Es, pues, y será siempre para nosotros y para toda persona sensata el obispo de Orense el autor moral de la muerte de aquellos verdaderos mártires de su fe, de sus creencias, de sus convicciones, sacrificadas por la intolerancia de un ministro de un Dios infinitamente bondadoso. La sangre de las víctimas inmoladas por sus intransigencias, escribirá con la triste jornada del jueves una página negra en la funesta historia de su episcopado. Ese hecho pesará eternamente sobre su conciencia, representándole, entre crueles remordimientos, las sombras siniestras de los muertos.

Ese hecho basta por sí solo para desautorizar al obispo, arrastrándole entre el justo vilipendio de las conciencias honradas al fango del desprestigio.

El pastor que siembra la muerte, la discordia, la desolación y el pánico entre las ovejas del rebaño que le ha sido encargado, se inhabilita para regir y gobernarlo. Pierde toda autoridad moral sobre su grey. Si, ilustrísimo señor; así no se edifica; por el contrario, se destruye. Si, señor obispo: ¿quién de tal modo revela sus intransigencias, quien procede con tan poco tacto; quien por el solo afán de llevar á efecto sus torpes caprichos consiente en que se derrame sangre, se hace indigno para desempeñar el cargo que le fué encomendado, se hace incompatible para regir la diócesis, y no merece empuñar el báculo de los Quedos, de los Carrascosas y ofende la santa memoria de un Cesáreo Rodrigo.

Y porque así lo entendemos honradamente; porque esta es nuestra más profunda convicción; porque se menosprecian y ofenden nuestros sentimientos religiosos, es por lo que protestamos indignados, con todas las energías de nuestra alma, contra la conducta de su señoría ilustrísima y de todas las autoridades que han contribuido á los lamentables sucesos, al triste y doloroso cuadro dibujado con la sangre de unos infelices en el monasterio de Osera.

Y en presencia de semejante espectáculo, haremos que los ecos de nuestra voz lleguen hasta las gradas del trono, y abran las puertas del Vaticano para recordar al Santo Padre aquellas palabras de un príncipe de la Iglesia: «Protesto contra el divorcio tan impío como insensato que se trata de establecer en la Iglesia, que es nuestra madre eterna, y la sociedad de que somos hijos temporales, y para la cual también tenemos deberes y consideraciones. Es mi convicción profunda—añade—que si la raza latina se ve entregada á la anarquía social, moral y religiosa, la causa principal no es el catolicismo en sí, sino la forma como se viene entendiendo y practicando el catolicismo hace muchos años.»

Después de leer eso ¿qué decir? Que es absolutamente necesario que se haga justicia. ¿Y qué pensar? Que no se hará. Se trata de un obispo, y contra esa clase nunca van los gobiernos españoles.

Y que la opinión está unánime al señalar á los culpables, pruébalo esto que dice *El Ejército Español* al tratar de la intervención de la Guardia civil:

«En Osera la culpabilidad es del obispo y del gobernador. El pueblo quería que se respetase el baldaguino: el obispo, no. Para ese pleito no debió un representante de Jesucristo requerir la fuerza. Su misión de paz, su carácter de armonía y concordia debió de prever que del choque del pueblo y la fuerza armada habían de resultar víctimas, y no debió echar sobre su conciencia la sangre que se derramara. Y ya que el obispo se despojó de su misión pacificadora de espíritus, el gobernador no debió intervenir en el pleito del baldaguino, accediendo al envío de la fuerza requerida por el obispo.»

Como habrá ocasión de hablar muchas veces de este asunto, basta hoy con lo expuesto.

Estos hechos clericales que chorrean sangre, hay que recordarlos con frecuencia, para que el pueblo se convenza de dónde están sus enemigos.

RIOTINTO

LAS RIENDAS DE ORO

Los gastos de la Compañía. —Caza de alimañas. —Los consejeros. —El desprecio á las autoridades. —Los instrumentos.

Háblase del poder omnímodo que la Compañía de Riotinto ejerce en la dilatada región minera, y un empleado dice:

—¿Y cómo no, si su dinero á todas las esferas influyentes alcanza?... Sabemos que los gastos anuales de la Compañía se elevan á 150 millones de reales; pero no sabemos cuánto corresponde á ese mágico capítulo de subvenciones que tantas puertas abre y tantas bocas cierra... Los mismos ingenieros ingleses ignoran lo que se destina para cazar alimañas. Sábese que es mucho; pero sólo el director y el Consejo de Administración podrían decir la cifra.

Ese capítulo se representa á la gente como algo terrible y misterioso. A él refiérese la ilimitada influencia de la Compañía. Es una fuente inagotable que satisface á los poderosos bribones, sedientos de oro. Si medio Riotinto se hunde, al capítulo de gastos secretos atribuye la gente el que todos caen. Si el otro medio amenaza hundirse, á la misma secreta fuerza atribuyen la paralización de las autoridades.

Quizás no haya sobre la tierra pueblo que más crea en la acción corruptora del dinero como Riotinto. Seguramente que no hay otro más incréduło en la eficacia de la virtud. Su resistencia es de naturaleza cuantitativa, y su límite no rebasa lo que la Compañía puede dar.

El profundo y burlón escepticismo de este pueblo contraría y ofende al que llega de otras zonas morales, y cree exagerado el poder de la Empresa explotadora. Pero la ofensa primera se trueca en indefinible malestar cuando, siempre en tono resignado é irónico, van diciendo para justificar el enorme poder de estos despóticos amos:

—Los consejeros ¡si serán influyentes! disfrutan sueldos de 25.000 duros anuales. —Tal miembro de la familia real británica ha sido consejero. —A tal Majestad le han regalado acciones liberadas; tal jefe de partido también las tiene. —Para ahorrarse los pingües emolumentos asignados á buen golpe de políticos españoles, concedieron á tal otro dios mayor, árbitro de España, 40.000 duros anuales. —Las Empresas tal y cual gozan de espléndidas subvenciones para calmar sus fáciles y temibles iras. —Personajes secundarios, que pueden ser molestos, acuden á la caja de la Compañía en momentos de apuros económicos. —Los gobernadores de Huelva que no tengan empleado á algún hijo ó pariente, será porque no habrán querido. La Compañía jamás les ha negado estas mercedes, y sus grandes oficinas están llenas de gente inútil, pero inamovible.

En tales condiciones, puede haberse hundido medio Riotinto y amenazar ruina el otro medio, sin que nadie se atreva á molestar á la Empresa.

Así se explica la aversión que allí se siente por la autoridad. Sin duda inspira temor, mucho temor; pero su descrédito es absoluto. Autoridad es sinónimo de venalidad.

Véase el respeto con que hablan de ella: Es media noche. En el tren correo llega una persona investida de alto cargo oficial. —¿Se sabe á qué viene?—preguntó á un empleado de la estación.

Y con ese tonillo irónico que tanto hiere, me contesta:

—¡Psehl... Vendrá como tantos otros; á que la Compañía le entregue quince ó veinte mil pesetas.

—¡Parece natural que tratándose de un distinguido personaje saliese el director á recibirlo!

—¡Bah!... Sabiendo á lo que esa gente viene, haría mal en molestarse.

Al otro día se habla de la visita en la mesa de la fonda, en el Círculo, en el Centro minero, donde los trabajadores beben, y en todas partes haciendo picantes alusiones al oro inglés.

Pues bien; aquel caballero investido de alta autoridad es amigo de un amigo mío, y por esto le conozco bastante para no creer en un culpable viaje.

Y cuando ya estoy bien informado sobre el móvil de éste, me permito replicar á un grupo que á mi lado hace en el café enojosos comentarios:

—Ha venido acompañando á un médico muy conocido en Madrid que deseaba visitar estas curiosas minas.

Al ver que es un extraño quien les replica, parecen desconcertarse. Pero otro más audaz me contesta irónico:

—¡Sin embargo, no habrá perdido el viaje!

Es preciso que se haya abusado mucho para llegar á esta falta de confianza en los hombres. ¿Y cómo conservar la fe mirando lo que ocurre en torno?... No hay función política con su alternante juego de partidos que resulte tan ridícula como esta de aquí. Que suban los liberales ó que manden los conservadores, alcalde de Riotinto es el empleado que designa la Compañía para recibir instrucciones del director. Hoy es su contador. Los concejales, empleados son. El juez —un juez donde todos los días hay muertes ó graves accidentes del trabajo— obra é instrumento suyo es. El minero que no vote

al diputado que la Compañía propone al Gobierno para su encasillamiento, pierde el trabajo y ha de huir. El diputado actual sabe cuestiones sociales que interesan á un distrito como el suyo, todo lo que es compatible con un *sportman* que ha alcanzado premios en varios concursos de tiro... Lo mismo puede decirse de los pueblos próximos. Jueces y alcaldes son los que la Compañía designa. Entre otras razones, ¿no perdió la dirección Mr. Carlyle, el nieto del gran escritor inglés, por obtener la alcaldía de Nerva un enemigo de la Compañía, el rival de Zapata? Carlyle & Zapata: ya hablaremos de estos dos compadres.

Los alcaldes de real orden son secretarios del director, y sólo pueden hacer lo que él les ordene. Fácil es suponer lo que les ordenará tratándose de una gran región minera, donde cotidianamente se vulneran las leyes y tantas otras cosas reprobables hay que solapar. El director ordena lo que ha de hacer el Ayuntamiento é inspira hasta los bandos públicos. Memorables debe ser el que mostraba la satisfacción que había causado el alto ejemplo de disciplina dado por el pueblo de Riotinto no amotinándose ni protestando en otra forma cuando el hundimiento. Por meterse, hasta en los lugares más reservados se mete el representante de la Compañía. Que el forastero no busque en Riotinto el corral ni ese otro sitio que, por peregrino contraste, su propia sociedad puede denotar limpieza. Por razones de «higiene» los proscribió el director, y los dueños de casas tuvieron que suprimirlos.

Durante el día —y más aún durante la noche, sobre todo en estos calurosos estíos— las habitaciones trascienden, y no á rosas, y desde que el alba apunta hasta bien entrada la mañana, conviene no asomar á las calles y que las mujeres salgan en paz al campo para verter sus depósitos en otro gran depósito que la Compañía misma construyó al dictar su «higiénica» orden.

Claro está que ésta no rezaba con las casas donde antes del hundimiento vivían los ingleses. Algún privilegio habían de tener los dominadores.

M. CIGES APARICIO

EN LA ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS

Curso de Religión, Moral é Historia Sagrada.

Habla el padre cura.

—En la última lección nos ocupamos del capítulo 38 del sagrado libro del Génesis, que interrumpe la interesantísima historia de José, verdadera piedra angular de todo el suntuoso edificio católico. Ya vimos cómo Judá, sin temor de Dios, entró á Sua la Cananea, y las abominaciones de su hijo segundo, Onán, por no suscitar generación en la viuda de su hermano, y cómo el Señor le quitó la vida por aquel pecado nefando. También hablamos de la desolada Tamar, viuda de Er, primogénito de Judá, que fingiéndose ramera logró concebir de su suegro, por señas de un cabrito, de cuyo incesto nacieron los gemelos Phares y Zara, hijos y nietos, á la vez, del santo patriarca y viznietos de Jacob. Mas prosigamos la historia de José. Quedamos en que los hermanos de José, á instancias de Rubén, le perdonaron la vida, metiéndole en un pozo seco; que pasando por el camino unos mercaderes ismaelitas, que venían de Galaad é iban á Egipto á vender bálsamo y aromas, le sacaron del pozo y por unos veinte duros lo enajenaron á los taginantes, en clase de esclavo. Los ismaelitas le traspasaron, por supuesto con ganancia, en Egipto, á un tal Putifar, capitán de la guardia y eunuco de Pharón.

La señorita Memasieres:—¿Y qué es un eunuco, padre?

—Pues un eunuco... es un eunuco; esto es, un hombre desdichado que no sirve para nada.

Las alumnas se miran maliciosamente, se valen de la mímica y sueltan la carcajada.

El cura, incomodado:—Señoritas, orden, y prohibo absolutamente que se me interrumpa. Pues Putifar nombró á José mayordomo de su casa y le confió la administración de sus cuantiosos bienes. Era el hijo de Jacob lo que se llama un real mozo, y apenas si contaba entonces 20 años. Y aconteció, dice el versículo séptimo del capítulo 39 del sagrado libro del Génesis, que nos ocupa: «Y aconteció que la mujer de Putifar puso sus ojos en José, y le dijo: Duerme conmigo.» Más claro: que aquella esposa infiel se enamoró perdidamente del guapo mayordomo.

Las alumnas á coro:—Naturalmente.

El cura, levantándose furioso:—Señoritas: tengan presente que no soy yo, sino el Espíritu Santo quien habla, y como ministro del Señor no puedo permitir ningún género de impías manifestaciones. Comprendo que la materia es escabrosa, pero no puedo prescindir de explicar el programa: «Historia de José.» José no quiso, y la mujer de Putifar, en su desenfreno, no dejaba á sol ni á sombra á José, llegando su desvergüenza hasta asirle de la capa para obligarle á dormir con ella. Nada pudo conseguir la insistente tentadora, y mujer y despreciada, juró vengarse.

(Las alumnas al paño.—Hizo bien.)

—Juró vengarse y se vengó, acusando al castísimo José de seductor. llevando como

cuero del delito la capa que al huir dejó en las libidinosas manos de su joven y hermosísima señora. Esta acusación le valió ser encerrado en la cárcel, donde le dejaremos hasta la lección siguiente.

—Las alumnas saliendo: ¡Que se pudra en la cárcel!

Apuntes de una maestra.

Por la copia,
CANTA CLARO

Clericalerías

En la iglesia de los agustinos, de Bruselas, había una reliquia preciosa, un diente de Santa Polonia. No se sabe si era de los 32 que tenía en vida la santa ó de los 360.000 y tantos que le crecieron ochocientos años después de muerte, con motivo y por virtud de su canonización y patronato de los dolores de muelas; pero, en fin, diente de la martir dicen que era.

Y debía serlo, pues llegaba un devoto con la cara hinchada rabiando de dolor (aparte, se arrodiaba, venía un fraile, le pasaba por la muela ó muelas doloridas la reliquia, echaba el hombre un par de francos en la bandeja, y como por ensalmo cesaba el dolor, si no era que se agravaba un tantico hasta que tenía que intervenir con su gatillo el dentista, que se daban casos.

Pues ha desaparecido esa iglesia con agustinos y todo y nadie sabe donde está el diente milagroso; el pueblo lo pide, lo busca, pero nadie lo encuentra; y es singular, porque Sixto V, que se dedicó á la captura de dientes de esos, no tardó en reunir ¡doce carros! llenos. Se espera hallar uno, á pesar de las gestiones de los dentistas que temen la competencia. Santa Polonia podría, en efecto, hincarse el diente.

Ustedes han oído hablar de Huysmans seguramente, un librepensador que, por falta de fondos, se vendió al catolicismo hace doce ó trece años, y escribió *La Catedral* y *La bas* (allá abajo, el infierno). Le ha dado por el diabolismo, del cual está lleno su último libraco *Les foules de Lourdes*.

El ha leído en las teologías católicas que los demonios toman figura de hombre para saciar la lascivia de las mujeres, y entonces Santo Tomás les llama *incubos*; cuando adoptan para los hombres la forma de bellísima hembra los llaman *súcubos*. Y ¿qué dirán ustedes que le ha ocurrido á Huysmans? Decirle al abate Boullan (de Lyon): «Padre, yo creo todo eso de los demonios, pero entre creyentes con verlo basta. ¿Podría usted hacerme ver uno? ¡Ah! y que sea hembra ¿eh? para machos bastante son los frailes; yo quiero una *súcuba*, sí; luego haré penitencia; pero debe ser eso delicioso; no haré el pavo como San Antonio Abad, á quien se le aparecían súcubas y las mandaba á tomar... el aire.»

El abate ha enviado al literato canallita á hacer puños para lesnas. ¡Córcholis con esos convertidos modernistas! Son avisados y pillines.

J. F.

Solución lógica

Rapta cierto valencianito á una chica muy guapa; construyen su nido de amor en Sagunto; caza la autoridad á los tórtolos y devuelve la nena á los autores de sus días, disponiéndose á colocar al muchacho á la sombra. Pero ellos se juran amor eterno, se dan palabra de casamiento y no quieren separarse ni á tres tirones.

El público aplaude este acto de hermoso romanticismo, y trata de conmovir á los padres para que todo acabe en la vicaría.

—¡Antes el convento!—responden los austerísimos, moralísimos y catolicísimos señores.

Y añado yo: ¡Qué manía de llevar los relojes estropeados á donde no tienen compostura! Para echar medias suelas y tacones á unas botas, nadie mejor que un zapatero; para remendar una cazadora, un sastre; y para zurcir los rotos de la honestidad, ¿quién mejor que un buen mozo? Y por lo civil queda la prenda más unida que por lo eclesiástico: no se conocen las puntadas.

Con que á casar á los chicos, y paño nuevo.

DE TORRELAGUNA

UNA MISA, UN SERMÓN Y UN FRAILE MARISTA

El día 25 se celebró en el patio de la cárcel de esta Villa una misa, y comulgaron los reclusos. Al acto asistió, á más del personal del Juzgado, abogados, procuradores y algunas *beatas*, un Padre Marista de los

que tienen colegio en esta patria chica de Cisneros.

El cura celebrante se despachó á su gusto, diciendo mil disparates, entre ellos, «que Cristo en el Tabernáculo era un prisionero». ¿En qué quedamos? ¿El Tabernáculo representa el sepulcro de Cristo, ó una cárcel?

Dirigiéndose á los reclusos exclamó: «Venid á mí», que así como la mujer adúltera se regeneró en Jesucristo, os regeneraréis vosotros. El pobre señor ignora que ninguno de los reclusos lo está por adulterio. ¡Venite ad me! ¡exclamaba! Y en este momento un tordo se posó en el tejado de la prisión y cantó: ¡Gui... i... i...! El párroco no lo advirtió, el auditorio tampoco, pero tal vez algún concurrente vió en aquel prolongado silbido el ánima del recluso Gregorio García Pellejero, del que se dijo que había sido asesinado, ó por lo menos martirizado en esta cárcel.

Todo lo presenciaba el Marista, y con sus narizotas torcidas y su babero blanco asentía á cuanto el cura predicaba, menos cuando hablaba de caridad, pues entonces oscilaba el blanco babero, se le arrugaban las narizotas y parecía querer imitar al tordo diciendo: «Gui... i... i...»

Al terminarse la misa, el dignísimo juez Sr. Zapatero dirigió al público la palabra, encareciendo la necesidad de socorrer á los reclusos, los cuales necesitan, tanto como el alimento espiritual, el material.

Al salir los concurrentes ó *devotos*, depositaron en una bandeja una limosna, que ascendió á 53 pesetas, para los reclusos. Yo salí tras el Marista, y al ver que en vez de echar mano al chaleco, como los demás, se conformó con quitarse el sombrero, fui yo el que imitó al tordo exclamando: Gui... i... i...!

IM Pfo

La doncella de Orleans

Ya está en los altares. ¡Pobrecita! Ya era hora de que la Iglesia diera un público testimonio de desagravio á la que tanto persiguió y á la que mató por bruja y hechicera, aunque su beatificación actual sólo ha sido un *trágala* al republicanismo y demagogia franceses.

Juana de Arco, rústica pastora y moza de servicio en Neufchateau, que no supo nunca leer ni escribir, fué una mujer realmente extraordinaria, y sin su fanatismo probablemente Francia hubiera pasado á manos de Inglaterra, pues del imbécil de Carlos VII bien poco podía esperar su nación. Para los franceses Juana era una santa, para los ingleses una bruja y una impostora; pero los dos bandos la creían en aquella época revestida de poder sobrenatural, que unos atribuían al demonio y otros á Dios. El mismo Carlos VII y sus consejeros anduvieron en estas dudas; pero los teólogos opinaron que si Juana andaba en tratos con el diablo seguramente habría perdido su virginidad, pues al muy tino le gusta regalarle con platos escogidos, y, efectivamente, Juana fué examinada con toda escrupulosidad por la reina Sicilia y las señoras de Caucout y de Fiennes y la hallaron en toda su pureza, á lo menos cuando el rey la recibió en Chinon.

Shakespeare en su *Enrique VI* la califica de bruja; Hume, con su sensata crítica, la despoja de todo el aparato sobrenatural; Voltaire se ha burlado de ella, como de todo; Schiller la presenta como inspiradora; Wetzel y otros poetas como una fanática; pero lo cierto es que esta *doncella* realizó empresas apenas comprensibles en su edad y sexo, que la Historia refiere y la crítica expone á su manera, según el criterio del que la maneja.

Como no es mi intento hacer aquí una biografía de la nueva santa, pasaremos en silencio sus proezas y nos fijaremos en el período de su vida en que termina la epopeya y comienza la tragedia.

Cayó Juana prisionera en Compiegne, fué vendida á Lyonnel, éste la entregó á Luxemburg, el cual la traspasó á Felipe de Borgoña, que se apresuró á venderla al Gobierno inglés por 70.000 francos, y en Enero de 1430, en nombre de Enrique VI, se dió orden de juzgar á Juana, no por sus hechos, sino por sus creencias, á instancias del obispo de Beauvais y de la Universidad de París.

Mientras Juana fué considerada como prisionera de guerra fué tratada con honores y consideración; pero apenas cayó en poder de la Iglesia la sumergieron en un lóbrego calabozo y con fuertes cadenas ligaron sus pies y sus manos.

El obispo Cauchon y el inquisidor Lemaitre fueron sus jueces, teniendo por consultores á la Universidad de París y al Cabildo de la catedral de Ruan.

Comenzaron por tomar informes secretos de la joven; pero como resultasen buenos, los suprimieron; tampoco le nombraron defensor.

En el proceso tuvo Juana de Arco respuestas de gran sagacidad y prudencia y que indican que sus jueces eclesiásticos la infundían muy poco respeto.

—¿Por qué atacáis á París en un día de fiesta? ¿No sabíais que esto es pecado?

—Eso queda para mi confesor y yo.
—Os mandó Dios que os vistierais de hombre?

—Eso es una cuestión baladí. Pues bien, sí; me lo mandó.
—¿Y os parece licita esa orden?

—Cuando Dios la dió, licita debe ser, pues Dios no manda nunca cosas ilícitas.

—Habéis hecho creer á los soldados que vuestro estandarte les aseguraba la victoria.

—No es cierto; la victoria venía porque ellos y yo arremetíamos sin miedo á los ingleses.

—¿Por qué motivo en la coronación de Carlos VII estuvisteis junto á él con la bandera en la mano?

—Porque era muy justo que después de haber participado de los peligros participara también de los honores.

La perfidia y la mala fe de tales interrogatorios salta á la vista. Con las cuestiones capciosas mezclaban otras burlescas y chocarreras.

—Las que se os aparecían, ¿llevaban sortijas?

—Vos, señor obispo, me habéis quitado la mía; devolvédmela.

—¿Estaban desnudas ó vestidas?

—A Dios le sobra ropa para cubrir las.

—¿Habéis visto á las hadas?

—No creo en tales leyendas.

Un fraile agustino, llamado Isembart, conpadecido de aquella joven, y al ver que aquella legión de teólogos sólo buscaba hacerla confesar una herejía para quemarla viva, le aconsejó apelase al papa y al Concilio de Basilea; pero el inquisidor le oyó y le mandó que se callase. Tres escribanos tuvieron que cambiar durante el proceso porque se negaban á tergiversar las respuestas de Juana. Encerraron en su misma prisión á un sacerdote llamado Oiseleur, el cual supo ganar su confianza, pero era un espía del inquisidor. Ella se confesó con él, y mientras lo hacía, dos hombres ocultos detrás de una ventana escribían lo que decía. Mas como Juana no confesó crimen alguno, este infame artificio no dió resultado.

El obispo la amenazó con el tormento y ella contestó:

—Todo lo que confiese en él lo negaré después que termine.

El Santo Oficio declaró que sus revelaciones no procedían de Dios, sino del demonio, y se la declaró blasfema por decir que Dios le había ordenado que se vistiera de hombre. El 24 de Mayo de 1431 la llevaron al cementerio de Saint Ouen. Escribieron una retractación para que la firmara; pero al firmarla se la cambiaron por otra en que se reconocía como la más disoluta, malvada y herética del mundo. El obispo leyó la sentencia condenándola á prisión perpetua y á pan y agua para toda su vida.

El conde de Warwick dijo:

—Habéis estado muy blandos.
Y el inquisidor le contestó:

—No tengáis cuidado, que no se nos escape.

Juana se había comprometido á no vestirse de hombre. Durante la noche los guardas le sustrajeron las prendas femeniles y pusieron en su lugar otras de hombre. Juana pidió su ropa; pero la dijeron que no había otra. Quedóse en la cama hasta medio día; pero al fin tuvo que levantarse, y como los soldados estaban dentro del calabozo no tuvo más remedio que ponerse aquel vestido. Había testigos preparados al efecto, se lo dijeron al obispo y éste exclamó:

—¡Ya la tenemos!

Entregáronla como relapsa al brazo secular. El 30 de Mayo de 1431 fué el último de su vida y la quemaron viva, arrojando sus huesos y cenizas al río. El famoso cuadro de Lepneven, existente en el Panteón de París, da idea muy adecuada de esta horrible infamia de la Iglesia.

¿Y Carlos VII, y los franceses? Pues nada hicieron por su heroína y libertadora; fueron tan ingratos con ella como la santa Iglesia que la llevó al suplicio.

Ahora todo han sido elogios, iluminaciones y fiestas en el Vaticano en honor de la doncella de Orleans, á la cual la misma Iglesia que en 1909 la declara santa, obradora de milagros é inspirada por Dios, en 1431 la declaró disoluta, bruja, impostora, hereje é idólatra y digna de exaración eterna.

¿En qué quedamos, señora infalible?...
FRAY GERUNDIO

Nota de púlpito

Hace poco dijo un predicador estas verdades en la iglesia de Benicalap (Alicante):

«Los bienes de la Iglesia no son de este ó del otro devoto que se mete á recaudador espontáneo, ni de los jesuitas, ni de los frailes, ni de las monjas, ni de los curas, ni de los obispos; esos bienes, representados por templos suntuosos, palacios episcopales, seminarios, conventos, colegios, orfanatos y manicomios, predios, inmuebles, títulos de la Deuda, alhajas y tesoros, nos pertenecen por igual á todos los fieles españoles bautizados; son intangibles, y los que usan de ellos en provecho propio fuera de los límites señalados á los ministros del altar, de un modesto y mortificado pasar, os roban, nos roban, se comen la sangre de los ancianos desvalidos, de los huérfanos abandonados, de las viudas necesitadas, verdaderos amos

y señores de todos los bienes de nuestra Iglesia.»

«El obispo es un simple administrador de la diócesis, como el cura de la parroquia; el fraile y el jesuita no son nadie; su misión no pasa de la de ayudantes y cooperadores á las inmediatas órdenes de los párrocos. Cuanto dicen que poseen, ¿de dónde ha salido? Del bolsillo de los fieles, de nuestros bolsillos. No hay ni una sola comunidad religiosa que, aparte las escasísimas que exigen un mequino dote, haya tráfido ni una sola peseta; el convento, la iglesia y todo cuanto la comunidad se envanece de poseer es nuestro, de nuestros pobres, de nuestros necesitados, porque nadie es tan estúpido que sacrifique sus intereses en enriquecer personas que no conoce, que no trata. Los donantes han socorrido las obras, pero sin intención de hacer poderosos propietarios á frailes y á monjas.»

Sospecho que á estas horas el cura que tal dijo se estará muriendo de hambre.

La Iglesia puede perdonar al que niega el dogma; no al que le ataca al bolsillo.

REMEMBRANZA

El duque de Anjou derrotó á los hugonotes en Jarnac. Comprenderíamos bien la alegría de Pío V al recibir la ansiada noticia, si en aquella alma seca, dura, hubiese cabido la alegría.

Sólo tuvo un temor: que el vencedor usase de piedad, de indulgencia. Por esto escribió al rey de Francia, Carlos IX, esta corta expresión de sus anhelos y sus sentimientos:

«Ninguna consideración humana ni hacia las personas ni las cosas, deben inducirte á perdonar á los enemigos de Dios, que jamás te han perdonado á ti, porque no lograrás apartar la cólera de Dios como no sea vengándole con el mayor rigor de los perversos que le han ofendido.

Tenga siempre Tu Majestad ante los ojos el ejemplo de Saul. Dios le había mandado por medio del profeta Samuel combatir á los Amalecitas, pueblo infiel, y no perdonar á ninguno. Saul no obedeció la voz de Dios; perdonó al rey, y guardó todo lo más precioso que tenían los vencidos; pero poco tiempo después fué privado del trono y de la vida.

Por ese ejemplo ha querido Dios advertir á los reyes que desdénando vengar las injurias que le han hecho, provocan su cólera y su indignación contra ellos mismos.»

Pío V, autor de esa carta, es hoy adorado en los altares.

HORRORES DEL COLEGIO

No hay nada más espantoso que un colegio de jóvenes internos. Allí están, con los nervios pidiendo movimiento continuo, la sangre hirviendo en las venas, la imaginación volando con la ligereza de un pájaro, y el corazón ávido, sediento de ternura y de cariño.

Esos niños tienen, no obstante, que ser autómatas, á quienes mueve el badajo de una campana. Suena la campana y aquellos pobres seres, más infelices entonces que los golfos que duermen á pierna suelta en una garita de la plaza de Oriente, tienen que levantarse, temblando de frío, desencajados, luchando con el sueño de los quince años.

Suena la campana, y los niños pueden empezar á ser niños, y saltan, corren, bromean, rien, se vuelven locos de placer, pero es una hora no más de vida, y la campana vuelve á sonar, y hay que callar, y estar inmóvil, y entrar en el salón de estudio, y clavar la vista en libro antipático de latín ó de griego.

Suena la campana, y los colegiales van al comedor y comen en silencio manjares insípidos y mal sanos.

Suena la campana, y los autómatas entran en el dormitorio, se duermen oyendo los pasos de un inspector que los vigila y sueñan con un beso de su madre que á aquella hora está escotada en el palco del Real, creyendo que cumple exactamente con su obligación.

En los colegios se da el caso terrible, espantoso, del fingimiento infantil, de los niños que adquieren, no la costumbre sino la maestría del fingimiento, y hablan colocando el libro ó la mano delante de la boca, y retozan con la vista fija en los ojos del vigilante, y sonríen aduladores al padre rector á quien han puesto denigrante apodo, y afirman en la sala de visitas que les encanta el colegio mientras en un momento de ausencia del padre, dicen á su familia con tono desgarrador: «¡Sácame!»

En los colegios brota espontánea y exuberante esa planta venenosa que se llama hipocresía. Se empieza á estar de rodillas delante del altar, no para hacer oración sino para hacer constar que se reza; se confiesa, no

por impulso de la conciencia ni por remordimiento ó por humildad, sino porque es sábado ó víspera del Corazón de Jesús ó de la Purísima, y, por lo tanto, se hace de la penitencia una ceremonia sacrilega; se comulga, porque así está mandado, y se comulga con los ojos entornados y las manos sobre el pecho y los labios entreabiertos, porque los que tal hacen salen bien en los exámenes, y se quedan menos veces sin postre, y reciben más estampas y más bombones.

¡Qué vida de sufrimiento estéril para el bien y fecunda para todos los vicios! El niño que necesita como atmósfera que le es propia el hogar lleno de calor, de benevolencias y de amor, se encuentra de repente en medio del frío de un reglamento, de la austeridad de religiosos que no le quieren, y de la esclavitud de un reloj y de una campana.

¡Qué día tan alegre el de la vacación! La casa, los hermanos, los amigos, la comida bien condimentada, la tolerancia del verdadero cariño, la faldita de la madre, los brazos del padre...

Las horas pasan rápidas, se acerca la noche, el niño ya no habla, está pensativo, á veces rompe á llorar. El fantasma del colegio se acerca con su capilla, sus claustros, sus dormitorios, sus inspectores, su vida insupportable.

Hay que vivir en el colegio, y como allí no hay más cariño que el de los compañeros, y sin cariño no se puede vivir en la aurora de la vida, se hacen amistades hondas, muy hondas, tanto, que llegan á constituir verdaderas pasiones, y...

¡Qué horrores los del colegio!

G. B. DE S.

Leo que los concejales republicanos de Alcira van á las procesiones con palmas y cirios y que uno de ellos muestra su anticlericalismo adornando con colgaduras los balcones de su domicilio en la plaza de Castelar al paso de la procesión del Corpus y del coche del arzobispo.

Bien dicen que el mayor mal de los males es el tratar con ciertos concejales, que aparentando ser muy liberales, son tan solo encubiertos clericales.

Otro Tirteafuera

En Avila, ciudad de las más levíticas, se murmura de un hecho cometido por D. M. P., que desempeña cargo en la catedral.

La niña Teresa, su madre y la lavandera de la casa han prestado declaraciones abrumadoras contra D. M. P. en el proceso que se le sigue por...

—Basta; ya me figuro el resto y supongo cuál es el asunto. D. M. P. es cura.

—De una pieza.

—Y la niña...

—Está poco menos que partida en dos.

—¡Qué atrocidad!

—Eso mismo dicen en Avila.

—Se trata de un delito repugnante, de un acto brutal.

—Parece que está usted leyendo los títulos que un periódico de allí ha puesto á la narración del suceso.

—¿Y no han intervenido los Tribunales de justicia?

—Sí que han intervenido.

—Entonces, sólo falta que usted lo dé á conocer en EL MOTIN, para edificación de las gentes sencillas.

—Con mucho gusto y fina voluntad, como todo aquello que pueda contribuir á la moralización de mis amados presbíteros.

—¿Pero cree usted que el divulgar esos hechos, puede influir en su moralización?

—Indudablemente. Peligro señalado, peligro evitado.

Otra vez Polavieja

Con motivo de la obligada intervención del Consejo Supremo de Guerra y Marina en el expediente del Tribunal de honor formado á Macías, vuelven varios periódicos á ocuparse del general Polavieja; vuelven á discutir su personalidad como expresidente del Consejo de Administración de aquella Sociedad Vasco-Castellana, que después de hacer tantas promesas tuvo la desgracia de no cumplir ninguna, arrastrando en su caída á las pobres gentes que al leer en toda la Prensa anuncios de concesiones y monumentales proyectos, vieron una garantía en la persona del general Polavieja y suscribieron millones en la ruinosa empresa.

Nosotros ya hemos expuesto sobre este asunto nuestra opinión.

Es muy doloroso que quien se halla al frente del más alto Tribunal militar de la nación, pueda ser acusado y discutido un día y otro en el Parlamento y en la Prensa.

El Ejército Español.

LA FE HUELE A CENIZA

Hállanse en la feligresía de Mesiego, distrito de Carballino, dos tonsurados redentoristas, despotricando ferozmente contra los sufridos labriegos que, faltos de fe, dedican con impia asiduidad al cultivo de las mermadas tierras, y no concurren á la Santa Misión para nutrir sus entecos y enflaquecidos cuerpos con la savia de una oratoria vulgar y pedestre.

Claro es: como los orondos redentoristas no carecen de lo superfluo para satisfacer las exigencias del estómago y del confort, nada les importa que el infeliz labriego, su mujer y sus hijos se mueran de hambre.

Que los campos permanezcan yermos, ¿y qué? Que los labriegos no tengan una manita para cubrir en invierno sus ateridas carnes... ¿y qué?

El pan y el abrigo, ¿qué valen comparados con la bienaventuranza eterna? Mas los redentoristas, ante todo, se hacen pagar espléndidamente, sin lo cual no evangelizan. ¡Numerata pecunia!

Sin embargo, hay que reconocer que la elocuencia de los padres redentoristas es clásica y persuasiva. He aquí la muestra:

«¡Amados oyentes! Harlo sabemos que cuatro bárbaros andan diciendo por ahí que no hay alma, ni cielo, ni infierno, y que nosotros hemos venido aquí solamente para explotar la bolsa de las borregas y de los borregos. ¿Que no hay infierno? Ya veréis, ¡oh! bestias; calderas de aceite hirviendo para zambulliros en ellas; lagos de plomo derretido donde se consumirán vuestros miembros; hogueras inmensas donde serán achicharradas vuestras carnes, y ruedas de afiladas cuchillas que habrán de desgarrar vuestro pellejo!»

¿Que tal? ¿Hay nada más original y sublime?

—¡Ay qué miedo! ¡que horrible es el infierno!—dicen cuatro viejas en torno del púlpito.

—¡Dios mío, apídate de mí! ¡Librame de las penas del infierno!—dicen unas cuantas solteronas, condenadas á fatal celibato.

En tanto los honrados labriegos, los que tienen noción exacta de sus deberes y obligaciones, siguiendo los dictados de su conciencia empuñan los aperos de labranza y surcan la tierra para procurar el pan de su familia. Bajo el sudor de la frente márcase á veces una profunda arruga, y en los labios dibújase una mueca dolorosa, exclamando:

—¿Y dicen esos Padres que somos impios porque trabajamos y no concurrimos á la santa misión? Pues eso podían ellos evitarlo, repartiendo entre los pobres labriegos las pingües utilidades que obtienen sin trabajo alguno. Pero los redentoristas y demás frailecos se atienen á la santa máxima de que «la caridad bien entendida empieza por uno mismo.»

Así piensan estos labriegos y piensan bien. Y uniendo el pensamiento á la acción trabajan y no pierden el tiempo oyendo vulgaridades de labios de un fraile que, en pleno siglo XX, pretenden todavía embaucar la gente con leyendas irrisorias, arcaicas y chabacanas.

Así el campo de la misión y el templo vense desiertos, y solamente cuatro mujeres desocupadas y una docena de beatas históricas van á la feligresía de Mesiego para oír las sandeces de los tales redentoristas.

Hay que hacer una excepción. Los días festivos es mayor la concurrencia en torno del púlpito. Como la villa de Carballino se halla á corta distancia del lugar de la misión, y el trayecto constituye un agradable paseo, allá se van mozos y mozas, señoras y caballeros. Pues como todos dicen, «si habíamos de pasar el rato en el cine, en el café, en la tertulia ó en otra parte, vamos á oír á esos redentoristas que nos divierten con su estulticia.»

Así es. La fe no lleva esas masas á la misión ni las aguijonea el ansia de oír estupideces frailecos.

No hace muchos días que un cogulla franciscano, desde la sagrada cátedra, en plena iglesia rebuznaba:

«...Y vosotras, las mujeres casadas, cuando vuestros maridos os... (Aquí un sermón de indecencias).»

Muchas señoras cuando abandonaron el templo fuéronse haciendo sabrosísimos comentarios:

—Si el Padre continúa por ese camino yo no vuelvo al templo—decía una señora decente.

—Pero ha visto usted, qué procaz, qué sinvergüenza—añadía otra.

—No; yo no vuelvo á la iglesia para oír porquerías, mejor me estoy en mi casa—murmuraba otra.

Y todas aquellas señoras que se preciaban de dignas, decentes y cultas, pensaban de igual manera.

Nada, nada. El negocio ya estaba muy malo, y cada vez se pone peor.

La fe huele á ceniza.

X.

Carballino, Abril de 1909.

MUESTRAS DE MI ESTILO

POR

José Nakens

Precio: 3 pesetas - 2,25 á los suscriptores

SECCIÓN AMENA

Cuento del otro mundo

I

Murieron en el mismo día una mundana arrepentida de la mala vida pasada, y un santo varón que no había hecho mal a nadie y si todo el bien que pudo; y allá por las celestes alturas volaban los dos cuando llegaron a juntarse.

—¿A dónde tanto bueno?—preguntó él.

—Pues al cielo derechita—dijo la pecadora de reemplazo.

—¡Hombre, me alegro!—exclamó aquella alma siempre tan noble,—porque allí me dirijo yo y podemos volar juntos.

—Y yo también me alegro—replicó la *magdalena*, que aun por aquellas alturas le gustaba volar en compañía.

—Y ¿qué le parece a usted—preguntó el justo,—nos será fácil colarnos en el cielo?—No lo sé, pero supongo que sí, sobre todo contando con influencias.

—¿Qué es eso de influencias?—preguntó don Rufo, que así se llamó en vida el infeliz;—pues qué, ¿allí también se necesitan?—¡Bah! ¡Qué cosas se le ocurren! Por lo que veo usted ha equivocado el camino y donde debe marchar es al limbo,—dijo Fany, que este nombre usó en vida la meretriz.

—¿A ver, a ver!—dijo D. Rufo, que se creía otra vez en este mundo por aquello de las recomendaciones:—explíqueme usted eso.

—Bueno; reposemos un poquito sobre esa nube y le pondré en antecedentes.

Sentáronse sobre una nube tan blanca como si fuera de algodón en rama, y Fany habló así:

II

—Ante todo, debo decir a usted que yo fui una mujer alegre de cascos y amigueta de jolgorios. Los primeros veinte años de mi juventud los pasé entre bacanales y saturnales a cual más sabrosas, pero supo arrepentirme a tiempo, y los últimos años de mi existencia hice una vida ejemplar, dejando al morir toda mi fortuna a los pobres y a las comunidades religiosas, que a estas horas habrán elevado un millón de oraciones y celebrado mil sufragios por mi alma, que ya habrán llegado al cielo preparando mi entrada. Además, siempre tuve gran devoción por la *Magdalena*, a la que imité en todo, y esto de algo me hade valer.

—Pues estoy aviado!—exclamó D. Rufo, presa del mayor abatimiento.—Yo en mi vida hice mal a nadie, socorrí a cuantos pude e hice toda clase de favores que me devolvieron en ingratitudes, y he muerto tan pobre que ni siquiera he dejado para pagar un responso. Además, creyendo hacer un desaire al Señor, jamás me ocupé de santo alguno; de modo que, no rezando nadie por mí, lo probable es que haya perdido el viaje y me tenga que ir a refugiar al limbo, como usted me dijo antes.

—Lo siento, pero lo que usted ha hecho, con ser un bendito, lo va a pagar ahora. ¿No oyó usted decir por el mundo que es bueno tener amigos hasta en el infierno? Pues si es así, calcule usted lo necesario que será tenerlos en el cielo. De todos modos, echemos otro vuelo hacia allí, porque, creo que esta es la hora en que los huéspedes de la celestial morada salen a dar un paseito.

En efecto, por la puerta celestial se veía salir gran número de mártires armados de palmas; a éstos, y también con palmas, seguían las vírgenes, y en tanto número, que, viéndolas, parecía que no había de quedar ninguna en el mundo; los ángeles, arcángeles y serafines volaban por todos lados; y, por último, los patriarcas, gente reposada y grave, seguían a los demás discutiendo con los Padres de la Iglesia.

La *Magdalena*, que sin duda estaba aquella para tafetanes, hablaba alegremente con algunos apóstoles, cuando llegó Fany hasta ella. Al punto la reconoció, y separándose de los discípulos de Cristo, se la llevó aparte y le dijo:

—Ya sabía tu muerte, pero no te esperaba tan pronto; créi que hicieras algún descanso en el Purgatorio.

—Ahora salimos con esas?—replicó Fany;—pues qué, ¿no me he arrepentido? Y en la segunda parte de mi vida, ¿no hice tanto bien como daño en la primera? Aunque, si bien se mira—añadió con irónico tono,—mi única falta consiste en haber amado mucho...

—Oye,—le interrumpió la *Magdalena*,—déjate de indirectas y vete al Purgatorio, aunque no sea más que por cumplir.

—Yo no voy allí como no me lleven. Créi que tú me defenderías, puesto que fuiste mi *abogada* en la tierra; mas si no me amparas, recurriré a las oraciones que desde la tierra envían por mí eclesiásticos y seglares.

—Sí, oraciones, oraciones, y de otros! Déjate de bobadas.

—Pues qué, ¿no han llegado? ¿Están los correos aquí como en España?

—No, hija; han llegado; precisamente esta mañana se recibieron; pero aquí no basta eso sólo; es necesario que lo malo sea borrado completamente por lo bueno, y tú has hecho mucho malo para que te lo perdonen con cuatro misas y cuatro limosnas que has dado; pero, en fin, si quieres entrar, métete entre las vírgenes, que ya se retiran, y yo hablaré a San Pedro para ver si te permite la entrada.

—Entre las vírgenes! ¿Por quién me has t m do?

—Bueno; si no, entre las santas viudas que van detrás.

Y dicho y hecho; Fany se agregó a las santas viudas, y San Pedro, que ya estaba avisado, la dejó pasar.

Mientras tanto, D. Rufo se las tenía tiesas con San Pedro, dando grandes voces desesperadas, hasta el punto de llamar la atención a gran número de santos que le rodearon deseosos de saber la causa de tan desusado alboroto.

III

—Mira, Rufo, no des tantas voces—decía San Pedro;—no permito que aquí nadie me levante el gallo.

—Lo creo—contestó D. Rufo;—no debes conservar muy buenos recuerdos de ese sultán de los corrales.

—Los conserve o no, eso queda para mí, y déjate de historias viejas,—replicó San Pedro, que se puso encendido hasta la calva;—lo que te digo es que no puedes pasar al cielo así sin más ni más; se necesita formar expediente en averiguación de tus méritos, y después decidiremos.

—¡Santos cielos!—exclamó D. Rufo horrorizado;—¿también aquí ha llegado la manía del expediente? Pues ahora si que pierdo la esperanza.

—Me parece que eres simple ó te falta poco—dijo San Pedro encarándose con don Rufo;—¿Crees acaso que aquí se tarda tanto en formar y resolver un expediente como en la tierra? Pues te equivocas. Con dos ó tres siglos tenemos bastante. ¡Ca... nario con el deslenguado! Si nos habrá tomado por empleados españoles!

—Dispensa, Pedro—repuso D. Rufo algo más humilde;—si no es más que ese tiempo el que tardáis en resolver un expediente, tendré paciencia; esperaré; yo creía que se hacía con la lentitud que en la otra vida, y por eso me aterraba. Pero vamos a ver, señores—exclamó volviéndose a los santos que presenciaban el altercado,—¿es justo que un hombre como yo, que nunca pecó mortalmente, esté aquí esperando mientras una buena pécora que me ha acompañado desde el otro mundo está ya dentro?

—Si que es justo—le contestó San Pedro,—porque no sabemos quién eres. Hemos llevado muchos chascos. Aquí han venido gentes que mientras estaban en vida no salían de la iglesia, y mucho golpe de pecho y mucho frecuentar los sacramentos; nosotros creíamos que eran unas buenas almas, y después que estaban en el cielo averiguábamos que eran unos hipócritas que habían escogido la religión para cometer a mansalva toda clase de picardías. ¿Y quién me dice a mí que tú no eres uno de tantos?

—Mira, Pedro, tengamos la fiesta en paz—interrumpió D. Rufo;—puedes formar cuantos expedientes quieras; pero no te permito dudar de mi buena vida y costumbres, ni que me confundas con esos bigardos, de los que conocí muchos en la tierra.

—¡Ah!—exclamó socarronamente el antiguo pescador;—¿quieres que te creamos por tu palabra honrada, que te abramos la puerta por tu cara bonita? Pues, no señor. Si tan bueno has sido, ¿por qué no ruega nadie por tí? No ha llegado aquí todavía el eco de un mal responso.

—¿Por qué, por qué?—dijo D. Rufo ya fuera de sí;—porque no me ha quedado un cuarto para sufragios por mi alma.

La carcajada que entonces soltaron los santos se oyó hasta en el infierno, lugar, como es sabido, el más distante del cielo.

—¿Está esto bueno!—replicó San Pedro apretándose los labios;—¿pues no nos quiere hacer creer esto palma que en la tierra redimida por Cristo las oraciones cuestan dinero? ¡Vamos, veo que eres un infeliz que no sabes lo que te dices! Si hay alguno de estos santos que te conozca por devoto suyo, te dejo pasar; ya ves si quiero servirte.

Todos los santos callaron, y D. Rufo, anodado, se sentó en la portería, resignándose a esperar la resolución del expediente.

San Pedro tenía razón, y no exageró al fijar el tiempo que se tardaba en resolverlo. A los dos siglos y algunos años ya estaba terminado, y lo que es más, fallado.

D. Rufo, que había sido empleado de Hacienda, no salía de su asombro notando aquella actividad, y la atribuía a la intervención del Señor, pues de otro modo no se lo explicaba.

El resultado fué el que no podía menos de ser: D. Rufo era digno de gozar la bienaventuranza por los siglos de los siglos.

IV

Pasaron algunos años sin que entrara ni un alma en el cielo, por lo que al finalizar un siglo económico, determinó el Señor hacer un censo de almas escrupuloso. En él se descubrió la entrada fraudulenta de Fany, y Dios, que todo lo sabe, no necesitó que nadie le contara quién era aquella buena alhaja, y en unión de algunos hipócritas y fariseos que por allí aparecieron, le envió a veranear al Purgatorio, encargando a sus acompañantes que no pararan hasta el infierno, donde tenían ya habitación preparada. Entonces fué lo de sacar a relucir las misas y los rosarios y las novenas y otras prácticas piadosas; pero Dios le respondió:

—Todo eso está muy bien para los hombres que no ven más allá de sus narices, pero a mí no se me engaña como vos-

otros habéis pretendido en esta y en la otra vida.

D. Rufo, ó mejor dicho, el mártir Rufo, que así fué clasificado por haber sido maestro de escuela al quedar cesante, no salía de su asombro viendo que a Fany no le sirvieron en aquella ocasión los resposos, ni las recomendaciones de la *Magdalena*, y exclamaba satisfecho: «Esta es justicia y no la de la tierra!»

—Esta y la de la tierra son lo mismo—le replicó San Pedro, que se había aficionado al mártir Rufo,—con la diferencia que ésta es más patente; pero una y otra son hijas de Dios. Allí, como aquí, hay muchos que adquieren puestos inmerecidos, pero más tarde ó más temprano caen del sitio que nunca debieron ocupar; sólo se mantienen en la altura los que hasta allí subieron por sus propios méritos.

—Pues a mí poca justicia me hicieron.

—Por que no supiste vivir. Aquí basta con ser bueno; allí se necesita además no dormirse en las pajas; por eso se dice: «A Dios rogando y con el mazo dando.»

—Tienes razón, Pedro; pero si quiera ahora después de muerto me harán justicia...

Hasta la celeste mansión llegó entonces un coro de voces humanas que desde la tierra decía:

—¡Pobre D. Rufo! Fué un santo, pero tonto de cuerpo entero.

F. O.

CHASCARRILLO

Estaba el padre N. cabeceando en sueno en su bien mullido sillón aquella noche de invierno. Y ¡vaya una nochecita que hacía! Apenas diera el reloj desde lo alto de la torre sus diez sonoras campanadas, él se iría a casita a descansar. De todos modos, ¿quién había de ir a tales horas y con tal tiempo a solicitar servicios parroquiales? Si acaso algún aviso de extremaunción, y para eso allí quedaba el teniente cura, que era joven y no le temía a la mojada.

Y el padre N. se incorporó un poco, atizó la lámpara y prestó oído. Parecía que llamaban a la puerta... ¡Justo! Estaban dando unos fuertes aldabonazos.

—¿Quién será? Debe ser cosa urgente, porque el sacristán viene a avisar. ¡Válgame Dios Todopoderoso! ¿Quién vendrá a dar la lata a semejante hora?

—Señor cura, ¿da usted permiso?

—¡Adelante! ¿Quién es?

—Yo, Ambrosio el sacristán, que vengo a decirle que ahí está un hombre que quiere hablar a usted con urgencia.

—¡Hombre! ¿y no ha podido venir antes? Dile que vuelva mañana a las ocho, que ya no es hora de archivero.

—Ya se lo he dicho, señor cura, pero dice que es caso de mucha necesidad, y no admite espera.

—¡Vaya por Dios! Pues anda dile que pase. Oye, Ambrosio, ¿le conoces tú?

—¡Digo! Es el tío Macarrón el gitano... Y que viene hecho una sopa y tiritando de frío.

—Bueno. Pues que entre. ¿Cómo ha de ser!

—¡A la pá de Dió, pae cura!

—Dios te guarde, Macarrón. ¿Qué traes?

—Pus como traé no traigo nada más que mucho frío y más agua que la leche de á reá er cuartillo. M'alegro de verle güeno.

—Muchas gracias. Vamos, que tengo prisa. ¿Qué deseas?

—Pus verá osté, pae... Sabrá osté cómo mi compare *Gandinga* ha tenido un *churumbé*. Es decí, la que lo ha tenido es la comare.

Güeno, pos verá osté. Yo, como soy uña y carne del compare, no tendría yo *lacha* si no jechara el agua ar crío. ¿No es la *chipén* lo que yo *platico*?

—¡Hombre, allá tú! ¿Yo qué tengo que ver?

—Espere osté, pae, y no sea osté tan vivo é genio, que tiene osté más sueño qu'er sereno é la calle Larga. Güeno. Pus como iba iciendo, yo tengo que acristianar a *churumbé*, y como los tiempos están malos que no se *guipa* un colunario ni con tiliscopio, yo dije:—Arsa, Macarrón, a vé al pae cura—y aquí me tiene su mersé pa que ajustemos la sirimonia lo más arreglaito que pua sé en clase é probe.

—Bueno. Pues eso, tú dirás cómo quieres el bautizo.

—De cualquiera jechura, pae; un bautismo esente, y listo, que hay poca monea...

—Pues mira, Macarrón. Un bautizo con ocho velas, te costará cinco duros; con cuatro velas, tres duros; si lo quieres con capa y órgano, treinta reales. De estola, es decir, sin capa, quince reales. Escoge.

Quedóse Macarrón pensando mientras daba vueltas al sombrero con la diestra y con la izquierda se rascaba el cogote.

—Pae cura—exclamó tras de un rato de honda meditación—sigün eso, qué decí que mientras más jato más inero, ¿eh? Pus mire usté: yo soy un probe y no debo gastar fantasía... Acristianeme usté ar zagá en carsones blancos er compare tocará la guitarra,

yo alumbraré con un seriyo, y asina con dos reales estoy indurtao.

Por la copia,
L. R.

LA GRATITUD

El comedor de la familia Raposillo.—Mobiliario rico, pero de mal gusto.—La señora que espera a su marido para comer, está impaciente.—Por fin suena el timbre.

Ella.—¡Vaya una hora de llegar! ¡Josefina, la sopa! (Entra él pálido y descompuesto y se deja caer sobre una silla. Ella le contempla con ansiedad.)

El.—(gimiendo).—¡Qué desgracia!... ¡qué desgracia!...

Ella.—(sirviendo la sopa).—¿Qué te ha pasado?

El.—¡Mi cartera!...

Ella.—¿Cómo! ¿tu cartera?...

El.—¡Perdida!

Ella.—(dejando caer la cuchara).—¿Tu cartera!... ¿has perdido tu cartera?

El.—Con cuarenta billetes de mil pesos que acababa de sacar del Banco!

Ella.—¡Cuarenta mil! (la sofoca la ira). La semana pasada pierdes un paraguas flamante; hoy tu cartera... ¡Cuarenta mil!... (más sofocada). Pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿cómo?

El.—Yo qué sé!

Ella.—¡No lo sabe!... ¡qué conducta! ¡Ah! razón tenía mi pobre madre al decir: «Tu marido será siempre un imbécil.»

El.—(humildemente).—Aun hay esperanza... Mis señas están en la cartera... Tal vez la persona que la haya encontrado...

Ella.—(con ironía).—Te la va a traer. Con los intereses al seis por ciento ¿verdad?... No digas necedades... ¡Vaya! si te encuentras tú cuarenta mil pesos ¿los devolverías?

El.—(ofendido en su probidad).—¿Por qué no?... Si fuesen valores nominales...

Ella.—Sí; pero en billetes de Banco...

El.—(con desesperación).—De todo corazón daría la mitad a quien...

La doncella.—(entrando).—Señorito, hay un hombre que desea hablar con usted... se trata de dinero...

Ella.—A buen tiempo llega. Dile que el señorito ha salido.

La doncella.—Es dinero que trae para el señorito... Una cartera.

El.—(dando un salto en la silla).—¡Mi cartera!... ¡que entre!... ¡que entre en seguida! (La doncella introduce a un pobre diablo.)

El pobre diablo.—Es una cartera que he encontrado en la acera, junto a la puerta, y...

El.—(arrancándole la cartera de las manos).—¡Ah, mi buen amigo!... ¿Cuánto se lo agradezco! Sepa usted que no trata con un ingrato, y que...

Ella.—(agrimiente).—En vez de entregarte a esas ridículas protestas, mejor sería que mirases si está la cuenta cabal.

El.—(con frialdad).—Razón tienes. (Abre la cartera y cuenta.) Uno, dos, tres... treinta y nueve, cuarenta... ¡Están todos, todos!

Ella.—¿Tienes la seguridad que no había más de cuarenta?

El.—¡Demonche! ¡a no ser que el cajero se haya equivocado!

Ella.—Todo puede ser (exhalando un suspiro). El que es tan bestia que pierde su cartera, tiene que resignarse a hacer sacrificios.

El.—No hablemos de eso. (Al pobre diablo.) Vaya, buen amigo, quiero... (Rebusca en el bolsillo de su chaleco.)

Ella.—¿Qué haces?

El.—A ver si tengo suelto para recompensar a este buen hombre... (Sacando un billete.) ¿Lleva usted cambio de mil pesos?

El pobre diablo.—(protestando por el que dirán).—¡Oh, no vale la pena!...

El.—(insistiendo).—¡Sí, sí! ¿Cura que no lleva cambio?... ¡Demonche! Tengo empeño en que acepte usted algo. (Llamando.) ¡Josefina!

La doncella.—¡Señorito!

El.—(con tono de hombre que no repara en gastos).—Acompañe usted a ese pobre muchacho a la cocina... y sírvale usted un vaso de vino generoso.

(El pobre diablo se retira sin manifestarse complacido.)

Ella.—(corriendo tras de la doncella).—De vino común ¿eh? (Volviendo.) Demasiada recompensa es. Al fin y a la postre, no ha tenido más trabajo que subir la escalera.

El.—(dando vueltas a la cartera y gruñendo).—Bien pudiera haberse lavado las manos.

Ella.—¿Quién?

El.—Ha manchado mi cartera con sus patas sucias. ¡Una cartera de quince pesos!

Ella.—(amargamente).—Lo cual le tendrá sin cuidado después de beberse el vino.

El.—¡Bribón!

Ella.—¿Y su facha? ¿Has visto aquella cara patibularia?

El.—Sí; es un tipo a quien no me gustaría encontrar de noche en una calle solitaria.

M. THIVARS

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

él y que luego llegó a ministro de Carlos V, organizó el de España un tribunal militar para juzgar a los presos, nombró fiscales a Chaparro, Cuello y otro miserable llamado Francisco Cantillón, que comerciaba con la vida de aquellos desgraciados, y defensor a D. José Segarra, también carlista.

Se multiplicaban los cargos y las acusaciones por parte de los fiscales, y el defensor negaba a los acusados la admisión de pruebas y se burlaba de los datos que presentaban en demostración de su inocencia. Sin pruebas, si testigos, sin careos, sin garantías ni formalidades de ninguna clase, fueron juzgados y enviados a los presidios de Ultramar, con la cabeza afeitada para mayor escarnio, más de cuatrocientos de los presos, sin que pudieran dar un abrazo de despedida a sus familias; y más de mil ochocientos parientes de los presos salieron desterrados de Barcelona por el delito de parentesco con los encarcelados.

Por si no bastaban tantas infamias, con la mayor reserva y sigilo, el 18 de Noviembre de 1828 fueron puestos en capilla y fusilados al día siguiente, D. José Ortega, coronel graduado, el teniente coronel Caballero, los tenientes Jacques y Domínguez, los sargentos Mestre, Vituri y Ramonet, los cabos Llorca y Rodríguez, el empleado de rentas Coto, el paisano D. Domingo Ortega, el profesor Fidalgo, y el pintor Porta, puesto en capilla para sustituir a otro que compró la vida a peso de oro, y para completar el número 13, pues el conde quiso que fueran 13 los condenados.

«El horrrisono cañón—escribe el historiador D. Joaquín del Castillo, testigo presencial,—anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los tristes troncos de las víctimas conducidos por presidiarios a la horca de antemano levantada en medio de la explanada, frente de la Ciudadela, sitio de la ejecución. La sangre, los destrozos de sus cráneos, se veían con horror derramados por acá y acullá; los perros acudían a comerse los sesos que se desprendían de la cabeza de aquellos desgraciados; el verdugo se apoderaba de los cadáveres que, arrastrados por la escalera de la afrentosa horca, tenían con sangre inocente sus escalones: cenía la tosca soga la garganta de aquellos infortunados que formaban pendientes de la horca un cuadro horroroso y que excitaba la indignación contra el infame asesino... Los semblantes de los buenos se veían transmutados; el amigo no se atrevía a saludar al amigo... La ciudad parecía enlutada, las puertas cerradas, los paseos desiertos.»

«El conde de España—dice Lafuente,—que acompañado de sus fiscales fué a recrear la vista con tan horrible cuadro, en una especie de manifiesto en el que se habla de la divina providencia y de la sacrosanta religión, decía que con arreglo a las leyes, habían sido lanzados a la eternidad aquellos mártires a quienes trataba de criminales.

Tres meses después, el 26 de Febrero de 1829, el estampido del cañón de la Ciudadela—escribe el precitado historiador—anunció que otros desgraciados habían sido lanzados a la eternidad. Enarbolóse en seguida el negro pendón, y cuatro troncos humanos aparecieron luego colgados en la horca. Con mortal ansiedad y congoja esperaban multitud de familias la publicación del *Diario Oficial*, temerosas de leer en la lista de los ejecutados el nombre del esposo, del padre, el hermano...

Diez fueron este día las víctimas; Sanz, que tenía una Real orden para no ser condenado a muerte; el teniente coronel D. José Rovira; el coronel D. José Soler; Villar, escribiente; Nadal, corredor; Clavell, Medrano, Peza, y un presidiario que por gusto mezcló el conde con estos mártires.

El 30 de Julio del mismo año se repitieron las ejecuciones; 9 fueron los fusilados, y 4 los cuerpos mutilados que el conde hizo colgar en la horca. Los nombres eran: don Pedro Mir, D. Antonio de Haro, D. Juan Ciriot, Prast, López, Mata, Sangh, Latorre y Vendrell...

¿Nerón? ¿Calígula? No, el conde de España era mil veces peor. Y, sin embargo, ese monstruo de crueldad que fusilaba por gusto, pues cuando se levantaba de mal humor decía a sus esbirros: «a ver, que se ponga en capilla a tantos ó cuantos pillos de esos

(liberales), que vengan frailes a confesarlos y mañana que sean fusilados»; ese gran malvado, a pesar de sus crímenes horribles y tal vez por haberlos cometido, fué nombrado más tarde general en jefe de las hordas carlistas de Cataluña, para sustituir a Urbiztondo, por aquel Carlos V tan devoto, tan religioso, que confesaba y comulgaba todos los días, y cuya corte y consejeros eran en su mayoría obispos y arzobispos, curas y frailes. A tal rey, tal general.

LA ENTRADA DEL TIGRE

Iluminaciones, salvas, paradas, campaneos, suntuosas funciones de iglesia, que no podía faltar, fueron débiles muestras del entusiasmo con que fué recibido por los carlistas el conde de España al pasar la frontera y hacer su entrada triunfal en Berga y otras poblaciones ocupadas por ellos.

Aquella manada de lobos, ávidos siempre de sangre y destrucción, aquellas turbas de asesinos con boina y escapulario, insaciables en el robo y en toda clase de crímenes no podían tener por jefe a un Urbiztondo que perdonaba a los vencidos y era enemigo de crueldades; por eso recibieron al conde con muestras del más delirante entusiasmo, olvidando que en Tarragona, después de traicionar la causa carlista en la primera insurrección, había hecho asesinar en los sombríos calabozos del palacio de Pilatos y del fuerte Real, a cuantos jefes podían hacer revelaciones que le comprometieran a los ojos de Fernando.

El hombre que en Barcelona se había hartado de asesinar liberales; el santurrón que por las faltas más leves arrestaba a su propia mujer dando las órdenes más severas a los oficiales para que el arresto se cumpliera como si se tratara del último recluta; el devoto que en ocasiones diversas había hecho estar de centinela con una escoba al brazo, en los balcones de la Capitanía, a una de sus hijas, por si había empleado más tiempo del debido en los quehaceres domésticos; el rezador contrito y feroz verdugo de tantas y tantas víctimas, después de haber sido recibido bajo palio y tomado posesión de los cargos de presidente interino de la junta del Principado y de comandante general del ejército de Cataluña, publicó é hizo circular entre los catalanes la siguiente alocución:

«Catalanes: al encargarme del mando del ejército y de la presidencia de la real junta superior gubernativa del Principado, obediendo a la voluntad del rey nuestro señor (Q. D. G.), quisiera poder anunciar el fin de vuestros sufrimientos, el término de esta guerra fratricida. Si en este momento me es imposible presentaros tan halagüeña perspectiva, no dudéis, catalanes, que el proporcionaros cuanto antes la suspirada paz será el objeto constante de mis deseos, si seguís la senda que la religión os manda, que el deber de fieles vasallos os prescribe. Al contemplar los templos del Altísimo profanados, sus ministros bárbaramente asesinados, los asilos de la virtud violados, todos los hombres de bien vilmente perseguidos, vuestros campos talados, vuestras fábricas incendiadas, vuestra industria aniquilada, vuestro comercio abatido, mi corazón se oprime y gime. Reparar tantas desgracias, aliviar en lo posible vuestros males, reconciliar los ánimos que se hallan divididos, y abrir las puertas de riqueza y prosperidad a vuestro ingenio, es todo mi anhelo. Para lograr cuanto antes tan apetecidos bienes, dos circunstancias son absolutamente indispensables: subordinación y disciplina en el ejército; docilidad y buena fe en los habitantes pacíficos. La lealtad y el valor heroico del soldado me aseguran las primeras; vuestras virtudes y vuestro propio interés me garantizan las segundas.

Bajo estas sólidas bases y con el auxilio del cielo, voy a emprender tan útil y santa obra, secundado por los beneméritos individuos de la real junta que tengo el honor de presidir, por los valientes jefes del ejército, por vosotros todos. Harta sangre española se ha vertido; hartos laureles regados con tan precioso abono ostentan su lozanía. De vosotros depende el que nos dediquemos exclusivamente a cultivarlos de un modo más útil y glorioso uniéndonlos al frondoso olivo. Olvidemos pasados errores. Convenzámonos que sólo bajo el suave y paternal cetro de nuestro adorado y magnánimo soberano podemos hallar nuestra felicidad; su recta justicia da seguridad y esperanzas a los leales; su innata clemencia a los incautos. Hagamos un común esfuerzo, y dentro de muy breves días podremos lle-

nar de gozo el corazón de S. M. diciéndole: Señor, en Cataluña no existe ya la discordia revolucionaria. La constancia de los fieles, la vuelta a la razón de los seducidos y el sincero arrepentimiento de los obstinados, la han destruido para siempre.

Catalanes: Séame permitido derramar con vosotros este bálsamo consolador en el alma del más virtuoso de los reyes, y acabaré con placer mi anciana carrera.—Berga, 4 de Julio de 1838.—El conde de España.

En otra alocución dirigida a las turbas de asesinos, violadores, ladrones é incendiarios que componían el ejército del Pretendiente, decía:

«Voluntarios: La Divina Providencia, libertándome de mil peligros, y la real piedad del rey nuestro señor, nombrándome vuestro comandante general, me proporcionan poder cumplir el más ardiente voto de mi corazón; triunfar ó perecer con vosotros defendiendo la más justa y santa de las causas.»

EN VIELLA

Atacada esta población por los carlistas y tomada al asalto, fueron asesinados cuantos liberales no pudieron refugiarse en la iglesia, donde parte de la guarnición se hizo fuerte.

No satisfecho el conde con las infamias que allí se cometieron al dar la orden de saqueo, enfurecido por la resistencia que los liberales hacían desde la iglesia, y no pudiendo apoderarse de ellos, ordenó a Porredón que Viella fuese incendiada, como así se hizo, quedando convertida en un montón de escombros y cenizas, mientras el puñado de valientes refugiados en el templo y rodeados de llamas por todas partes, escaparon de una muerte horrorosa gracias a la aproximación de una columna.

A ROBAR TOCAN

Mucho rezar el rosario, mucha devoción, mucha medalla; pero a robar tocan.

Mientras Viella era reducida a cenizas, un batallón de aquellos seraficos fué enviado a hacer exacciones por los pueblos del contorno, y llenó su cometido tan religiosamente, que se presentó poco después con cuarenta y dos mulos cargados, veinte de ellos con campanas, más de doscientos bueyes y un gran rebaño de carneros.

Millares de familias quedaron sumidas en la miseria más espantosa.

EN MANLLEU

De esta población hicieron los liberales una defensa brillante, empeñada; pero asaltado por las hordas del conde y viéndose obligados a refugiarse en el segundo recinto, no pudieron impedir que los bandidos aquellos se enseñoreasen de la villa, donde asesinaron sin piedad a muchas personas indefensas é inocentes criaturas.

Después de las mayores brutalidades y del saqueo más desenfrenado, Manlleu fué incendiada quedando, todas sus fábricas y la mayoría de las casas completamente destruidas.

EN CAMPRODÓN

Da órdenes el conde para atacar a Camprodón y se encarga de ello Brujó. Consigue después de muchos esfuerzos apoderarse de una parte del pueblo, y no pudiendo reducir a los defensores, después de vengar su impotencia asesinando a débiles criaturitas y personas indefensas, después de robar cuanto pudo, incendió la población.

EN PONS

Un ojatero facilitó la entrada a los carlistas en la villa, atacada también por orden del conde. Sorprendida la guarnición pudo refugiarse en la iglesia, después de haberse defendido en calles y plazas con gran bizarria.

Dueños de la villa los bandidos aquellos, después del saqueo y las brutalidades de costumbre, la incendiaron.

EN RIPOLL

Transcurridos varios días de sitio, y luego de haber rechazado tres asaltos, defendiendo el terreno palmo a palmo, acorralados por todas partes, diezmados por las balas enemigas, convertidos sus fuertes en ruinas y escombros, los defensores de la fabril y liberal Ripoll se refugiaron en la iglesia de San Pedro mientras los carlistas se entregaban al saqueo y al vandalismo.

No encontrando en casas ni fábricas las riquezas que creyeron, intentaron introducirse violentamente en los templos donde el vecindario se había refugiado, y no costó poco trabajo convencerles de que allí no había tales riquezas.

En tanto esto ocurría, conminaba el conde a los refugiados en la iglesia de San Pedro, diciendo que si no se rendían haría que todos fueran pasados a degüello, sin exceptuar niños, mujeres ni ancianos.

Por salvar de una muerte segura a tantos inocentes y siendo ya completamente inútil é imposible toda resistencia, firmó el gobernador una capitulación honrosa, de la que únicamente él se excluía; pues antes que entregarse a los carlistas prefirió matarse de un pistoletazo.

Prisionera de guerra la guarnición, robado cuanto en Ripoll había de valor, hizo el conde que el vecindario todo saliera escoltado a otras poblaciones, y desalojada la heroica villa, la incendió. Al día siguiente hizo derribar lo que las llamas habían dejado en pie, y en el sitio que fué plaza, sobre una pequeña pirámide levantada al efecto, puso esta inscripción: *Aquí fué Ripoll.*

EN MOYA

Asaltada esta villa por los bandoleros al mando del conde, se replegaron los nacionales a la iglesia parroquial y a la de escolapios, donde hicieron una resistencia empeñada.

Tomada la última, comienza allí una de las matanzas más terribles que registra la historia. No se dió cuartel; corría la sangre por el templo como verdadero arroyo y la matanza continuaba cada vez con más furor entre los lastimeros ayes de las víctimas y las burlas de sus verdugos. Los claustros estaban atestados de cadáveres y la iglesia también.

Fueron tantos los asesinatos cometidos—escribe un historiador,—fué tal la carnicería, que los mismos verdugos salían de allí pasmados y sobrecogidos de tanta mortandad.

La guarnición refugiada en la iglesia parroquial capituló, y el conde no respetó después lo convenido.

Tras los horrores del degüello, los del saqueo; y por si tantos crímenes fueran pocos el incendio vino a coronar la obra.

Las llamas consumieron casi toda la población, y el conde y sus hordas se alejaron de aquel lugar manchado con tanta infamia, para proseguir en otras partes su obra de muerte y exterminio.

EN GIRONELLA Y OLBAN

Estos dos pueblos fueron también incendiados y destruidos por orden del católico conde, como igualmente todas las casas de campo, molinos y cuantos edificios había desde la sierra de Buiré hasta los dos pueblos mencionados.

El conde—escribe Pirala,—lejos de hacer frente a las tropas que le perseguían, acudió a recrearse con tan infame obra, y ordenó el incendio de otros lugares, iglesias, etc., etc.

Centenares de familias quedaron sumidas en la miseria; el hambre causó numerosas víctimas, y, en aquellos tristes parajes, sólo ruinas y escombros quedaron, escombros y ruinas y el silencio de la muerte.

EN COPONS

Parece una leyenda de monstruos; por desgracia son hechos históricos, hazañas carlistas.

De orden del conde ataca Ibáñez el pueblo de Copons, y no pudiendo vencer la resistencia de los nacionales acogidos en los puntos fortificados, después de saquear la parte de pueblo que habían conseguido ocupar, la incendió.

ENTRETENIMIENTOS

No era cosa de aburrirse cuando faltaba ocasión de degollar liberales, incendiar pueblos, villas y caseríos y practicar otras virtudes del catecismo carlista.

Para evitar, pues, los ratos de tedio, el conde, a quien apodaban los suyos *Trencacaps* (rompe cabezas), después de cumplir con la mayor unción sus deberes religiosos, se dedicaba con gran fervor a su afición más decidida y constante: la horca. Era ésta su diversión favorita, su debilidad suprema. Ella y el verdugo, bien elegido y mejor pagado, constituían el mayor encanto de aquella alma devota.

Atestadas las prisiones de Berga y Caserras, iba sacando por tandas a los presos, y la horca, que había hecho levantar á espaldas de su casa, siempre estaba funcionando.

Como el espectáculo en fuerza de repetirse hacía monótono, discurrió el conde poner un tajo al pie de la horca, donde el verdugo cortaba la mano derecha a los que iban á ser colgados, resultando así mucho más divertido.

Para solemnizar la boda de D. Carlos, dispuso grandes festejos; hubo revista y *Te Deum*, y para mayor brillo y esplendor de la santa causa, después de oír misa hizo sacar los presos de que estaban repletas las cárceles, los sometió a un breve juicio, y unos fueron fusilados, otros apaleados, y pocos—escribe Pirala—escaparon sin castigo.

(Continuará.)